



NOVELAS, VIAJES, LITERATURA, HISTORIA, CAUSAS CÉLEBRES, CHISTES, ETC., ETC.

SEMANARIO ILUSTRADO

ESCRITO

POR D. M. FERNANDEZ Y GONZALEZ, D. R. ORTEGA Y FRIAS Y D. T. TARRAGO Y MATEOS.

PRECIO EN MADRID.

Un real cada semana, pagado en el acto de recibir el número.

SE REPARTE UN NÚMERO SEMANAL.

PRECIO EN AMÉRICA, DOS REALES EL NÚMERO.

Se suscribe en Madrid, Provincias y América en todas las librerías, ó bien dirigiéndose á su Editor D. JESUS GRACIA, Encomienda, 19, principal, Madrid.

PRECIO EN PROVINCIAS.

Real y medio cada semana, pagado en el acto de recibir el número.

SE LLEVA Á DOMICILIO.

EL REY DEL PUÑAL



—Bebed,—dijo el rey con voz ronca;—yo os lo mando (pag. 147).

SUMARIO.

TEXTO.—El Rey del puñal, novela por don Manuel Fernandez y Gonzalez. — Los señalores, por el marqués de San Eloy. — Honor de esposa y corazón de madre, novela por don Ramon Ortega y Frias. — Sección de América. — Historia de un cigarro, por don Ramon Ortega y Frias. — Ausencias causan olvido, novela por don Torcuato Tarrago y Mateos. — Reseña biográfica de Fray Cirilo de Alameda y Brea, cardenal arzobispo de Toledo. — Historia de la insurrección carlista de 1872, por don Ramon Ortega y Frias. — Causas célebres. — Variedades. — Sección festiva.

GRABADOS.—El Rey del puñal. — Historia de un cigarro. — Entierro de Fray Cirilo de Alameda y Brea, cardenal arzobispo de Toledo.

EL REY DEL PUÑAL.

NOVELA HISTORICA

POR D. MANUEL FERNANDEZ Y GONZALEZ.

LIBRO PRIMERO.

EL REY DE MALLORCA.

(Continuación.)

De manera que Samuel Abacub estaba resuelto a vender a su hija de una manera lícita, y cuando la dejaba ver era que la ponía en venta.

Especulaba también Abacub dejando ver a Azepha, porque los que la veían una vez y se enamoraban, volvían; y para que Abacub no se enojara, cada vez que volvían le compraban algo.

Abacub ponía precios infinitamente más caros por sus alhajas a estos enamorados: como que al precio de la joya añadía lo que valía el ver a Azepha.

—Lo que nada nos importa,—dijo el rey impaciente;—y si continuas así no acabaremos nunca.

—Necesario es que yo te ponga en antecedentes, hijo mío; de otro modo no podrás juzgar bien.

Abacub me había dejado ver a Azepha, no porque pensase casarla conmigo, que ya sabía que yo era esclavo y pobre, sino para que aficionado a él a causa de Azepha le ayudase a engañar a tu madre.

Y sucedió....

—Sí,—dijo el rey interrumpiendo al jugador,—sucedió que Azepha, que no se había enamorado de jóvenes hermosos y ricos caballeros, se enamoró de un tan mal engendro como tú.

—No, ciertamente, por desgracia; Azepha no se enamoró de mí; fui yo quien me enamoré frenéticamente de ella.

Ella se enamoró al fin del caballero aventurero francés, que la sedujo y la burló.

Azepha era terrible.

Se conocía engañada, y respiró venganza.

Un día en que la encontré sola en su casa, me dijo:

—¿No está enfermo el rey?

—No,—la respondí;—jamás ha gozado de mejor salud; ¿pero por qué me haces esa pregunta?

—¿En qué copa bebe su vino el rey?—añadió ella.

—En la copa de su padre.

—¿No le ha llevado el caballero Ivo de Sacy (así se llamaba el caballero aventurero enviado por el rey de Francia) una hermosa copa de oro?

—Sí, y el rey se la ha agradecido mucho.

—¿Ha bebido el rey en esa copa?

—No.

—¿Ni una sola vez?

—Ni una vez tan sólo.

—¿Y no beberá?

—Sí, cuando haya una gran solemnidad: la copa ha sido guardada en la orfebrería del rey.

—Es necesario que me saques de esta casa,—dijo Azepha, que se había quedado profundamente pensativa.

—Y por qué?

—Porque quiero vengarme.

—¿De quien? ¿por qué?

—Sacame tú de mi casa, y yo te lo diré.

La idea de que Azepha iba a estar en mi poder, bajo mi protección, sin más amparo que yo, me decidí.

Convinimos en un plan, y dos noches después, Azepha, valiéndose de una escalera que yo la procuré, se descolgó por una ventana.

Yo la conduje a un lugar seguro, donde se ocultó.

Una vez allí, me dijo:

—Estoy deshonrada y quiero vengarme.

Yo eché mano a mi puñal.

La revelación de Azepha, a la que yo adoraba, había hecho hervir mi sangre.

—No, no,—dijo,—no hay necesidad de que tú le mates; además, esa sería una venganza muy pequeña; el dolor de una puñalada pasa pronto; yo quiero más, mucho más.

—¿Más aún que la muerte?

—Sí, la muerte, una muerte cruel, una muerte infame,—exclamó Azepha, que estaba fuera de sí;—el caballero Ivo de Sacy es un asesino.

—Un asesino!—exclamé yo;—¿y ha sido él?

—Sí, él, que me ha enamorado; él, a quien yo he amado; él, que me ha engañado; yo soy madre.

Te confieso, rey mío, que esta confesión de Azepha me enloqueció, y me juré a mi mismo matar al francés.

—Le he dicho que no podía pasar mucho tiempo sin que mi padre conociese mi deshonra,—continuó Azepha;—es necesario que me cumplas lo que me has prometido, que te cases conmigo.

—¿Pues con cuántas mujeres me he de casar yo?—me contestó el infame.—Yo soy casado en mi tierra; qué más da; tú serás mi manceba.

Yo rugía de cólera.

Me sentía herido en el alma.

Azepha era mi sueño, mi delirio, mi alma; y yo la veía delante de mí avergonzada, irritada. Viendo desesperada, reducida a una desventura horrible.

—¿Has oído, Cantoncillo?—me dijo;—la pobre Azepha está furiosa, desesperada, es la más infeliz de las mujeres.

El rey miraba profundamente al jugador.

La mirada de este ardía, estaba mortalmente pálido, temblaba todo, su voz era ronca y lugubre; parecía, no que habían pasado muchos años desde que aconteció lo que estaba refiriendo, sino que se encontraba en el momento de la revelación de Azepha.

No estaba delante del rey don Pedro, sino delante de ella.

Y la mirada del rey continuaba profundamente fija en el jugador.

Este continuó:

—Dime,—me preguntó Azepha,—¿qué se hace con los que matan ó pretenden matar a un rey?

—Se les corta la mano derecha,—respondí yo;—se les restaña la sangre con un hierro ardiendo; se les atenuea después, y en cada una de las heridas que hacen las tenazas se echa plomo, cera y azufre derretidos; luego se les ata por los brazos y por las piernas a cuatro caballos que tiran en distintas direcciones hasta que le descuartizan; luego sus cuartos se queman; por último, se meten las cenizas en una cuba y se arrojan al río.

—¿Eso! ¿eso!—exclamó con una feroz alegría Azepha;—¡esa es una muerte horrible, lenta, insupportable! ¡ese es un tormento del infierno! ¡que muera así!

—Y él,—dijo,—¿piensa matar al rey?

—Si el rey no ha muerto,—me respondió Azepha,—es porque no ha bebido en la copa que le ha regalado Ivo de Sacy.

—¿Cómo!—exclamé.

—Sí,—me dijo;—con el oro de que se ha hecho esa copa se ha fundido una sal tan mortífera, que basta para que la copa envenene se beba el líquido que contenga.

—¿Pero desdichada!—exclamé;—esa copa la ha fundido y la ha trabajado tu padre.

—¿Y qué me importa?—exclamó;—¿no voy a morir! ¿que muera mi padre también, que muramos todos, todos, menos mi hijo! ¿qué culpa tiene el inocente?

—En verdad, en verdad,—dijo el rey,—que esa Azepha era una mujer terrible.

—No lo sabes tú bien, rey mío; aún no he concluido.

Azepha me hizo una revelación completa.

Resultaba que Ivo de Sacy había sido enviado por el rey de Francia, poseyendo el secreto del envenenamiento del oro de un alquimista francés para matar al rey don Jaime.

Yo me ensañé también; yo enloquecí como había enloquecido Azepha; yo no consideré que al acusar a Ivo de Sacy acusaba a su padre; además, era mi deber; yo hubiera sido tan desleal y tan traidor como el judío y el aventurero si no hubiera avisado a tu padre; pero me guardé bien de avisarle directamente.

Tu abuelo me hubiera preguntado de qué manera había descubierto aquella traición.

Azepha hubiera sido sentenciada también, y a no denunciarla yo, yo hubiera sido sentenciado.

No debíamos serlo ni el uno ni el otro.

Deje un papel escrito en la cámara de tu padre.

Tú supondrás que yo había lesfigurado la letra.

En aquel escrito se revelaba todo.

Se sacó la copa de la orfebrería; se la llenó de agua; se esperó un corto espacio, y luego se dio a beber aquella agua a un perro sediento.

El perro murió algún tiempo después.

Ivo de Sacy no había partido de Zaragoza inmediatamente después de haber adquirido el rey la copa, porque podía suceder muy bien, como sucedió, que el rey no usara de ella desde el momento.

En tal caso había que buscar otro medio.

Ivo de Sacy estaba seguro del secreto.

Samuel Abacub no podía usar de él por su propia seguridad; pero Abacub se embriagaba.

Un día, embriagado, descubrió el secreto a Azepha.

Estaba, pues, perfectamente tranquilo Ivo de Sacy.

El reconocimiento de la copa había sido secreto; yo le vi porque aceché; para mí no hay puertas ni aun muros; yo me deslizo sin ruido; yo sé hacerme invisible como un espíritu.

Tu abuelo llamó a Ivo de Sacy, que entró descuidado en la cámara del rey.

Sobre una mesa, en una bandeja de oro, había un jarro, de oro también, y dos copas.

La una era la gran copa hereditaria de los reyes de Aragón; la otra la que Ivo de Sacy había regalado a tu abuelo.

Yo observaba detras de un tapiz.

Yo sabía que el tapiz de otra puerta ocultaba al gran preboste de Aragón, Garcerán de Moncada, acompañado de cuatro de sus oficiales.

Cuando Ivo de Sacy vió las dos copas se alegró, no pudo contener su alegría; el rey iba a beber ó había bebido; él no creía que el rey le llamara para beber con él.

El rey llamó

Inmediatamente entró su copero mayor.

—Escanciad,—le dijo tu abuelo.

El copero mayor llenó la copa del rey, esto es, la copa hereditaria.

—Escanciad en esa otra,—dijo el rey;—

aquel con quien yo bebo está mientras bebe á par mio.

Ivo de Sacy se puso pálido; empezaba á comprender.

El copero mayor llenó la otra copa.

—Retíraos,—le dijo tu abuelo.

El copero mayor salió.

—Bebamos,—dijo el rey,—y tomó la copa hereditaria;—¿qué no bebes?—añadió el rey viendo que Ivo de Sacy permanecía inmóvil; estaba pálido como un muerto y miraba con espanto la terrible copa.

—¡Señor!—exclamó,—yo no me atrevo....

—¡Oh! sí,—exclamó el rey,—vos no os atreveis por respeto sin duda.

—¿Y puede dudarle vuestra señoría?—contestó aturrido Ivo de Sacy.

—¡Bebed!—dijo el rey con voz ronca;—yo os lo mando.

Ivo tomó la copa.

Una agonía horrenda se pintaba en sus ojos; vaciló, y tal fué su terror, que la copa se le cayó de las manos.

El rey dió airado un golpe sobre la mesa; á aquella señal se levantó el tapiz de una puerta y entró Garcerán con sus oficiales.

—Mi gran preboste,—le dijo el rey,—¿habéis visto?

—Sí, señor,—respondió Moncada.

—¿Habéis oído?

—Sí, señor.

—Haced vuestro deber.

El gran preboste echó mano á Ivo de Sacy, y le dijo:

—Yo os prendo de orden del rey,—y le entregó á sus oficiales.

Estos se llevaron á Ivo de Sacy.

—Traedme ahora al judío, mi buen don Garcerán,—dijo el rey.

El gran preboste salió.

El rey se quedó solo; ignoraba que yo le veía, y recogió la copa, la puso en la bandeja y la llenó; luego volvió á sentarse en su sillón; poco después entró don Garcerán trayendo á Samuel Abacub de la misma manera que hubiera podido traer un galgo á una liebre.

Abacub venía doblegado, aterrado; más bien que le conducía, le arrastraba el gran preboste.

La desaparición de Azepha le había postulado, y sobre esto se veía preso.

—Toma esa copa y bebe,—le dijo el rey mostrándole la copa mortal.

—¡Ah, señor!—exclamó Samuel Abacub cayendo de rodillas ante el rey y uniendo su rostro al pavimento;—¡perdon!

—Llévaoelo, don Garcerán,—dijo el rey.

Quince días después fueron ejecutados Ivo de Sacy y el judío; pero con la diferencia de que Abacub, después de cortada la mano derecha y atenazado, fue ahorcado, é Ivo de Sacy descuartizado.

El rey había querido fuese mayor el suplicio de Sacy por lo mismo que la culpa era mayor.

Pero se acerca lo terrible, rey mio; lo que te va á espantar por lo que te interesa.

Los hijos son generalmente la madre; mejor dicho, la madre es la que verdaderamente tiene la paternidad.

El hijo es el ser de la madre, porque de su ser se ha hecho; y si no, ¿á quién te parecería? ¿A tu padre el buen don Alfonso el Benigno, á quien llamaron el Benigno por no llamarle el tonto, el débil, el inútil? Si tú hubieras salido á tu padre, te llamarían el Benignísimo.

Pero no; tú eres doña Teresa de Entenza, la altiva ricahembra que los Entenzas supieron casar con el señor rey; tú eres más altivo que tu madre, más terrible que ella, más tenaz que ella, más cruel que ella, más astuto que ella.

Pues bien, la que tú crees tu hermana, la que se llama doña Constanza, la esposa del imbécil rey de Mallorca es más terrible que su madre la desventurada Azepha; ella, por

vengarse de Ivo de Sacy, no había mirado que arrajaba á su padre al verdugo; ella decía que su padre era el cansante de su desdicha, porque si no la hubiera dejado ver de nadie, como debía haberlo hecho, no hubiera conocido á Ivo de Sacy, no le hubiera amado; se hubiera casado, como todas las judías, con un hombre á quien no hubiera conocido sino en el momento de las bodas.

Luego su deber y su juramento, y el temor de Dios, y la reclusión en la casa del marido la hubieran librado de unos amores funestos.

Pero la avaricia de su padre la había puesto frente á todo; hombre rico y poderoso había entrado en su casa; ella había resistido una, dos, tres, cien veces, pero al fin había amado, y su amor había sido para ella una desgracia infinita; para ella, severa, rígida y terrible, desesperada además y loca, su padre no era su padre, sino su verdugo; ella se había sobrepujado á todo, y no había mirado el delito sino desde el punto único y sólo de la eterna justicia.

Había denunciado, había impedido un crimen, e impidiéndole había castigado otro.

Pero la vida era para ella una carga insostenible.

Algunos meses después de la ejecución del padre y del amante, Azepha dió á luz una niña, doña Constanza.

Yo sufrí todo lo que puede sufrir un hombre; celos, rabia, desesperación.

Aquella niña era el frute de los amores de Azepha por otro.

Y yo adoraba á Acepha.

Ella era mi Dios.

Amé, pues, á la niña porque era hija de ella.

La amé con toda mi alma, y la amo aún.

Pero te amo más á ti, rey mio.

A ti, mi protector, á ti mi amigo, á ti mi hijo.

Porque como quien dice, yo te he visto nacer.

Verdad es que tu madre hacia sus alumbraamientos á oscuras.

Pero tanto da.

El ceremonial prescribe que en la hora de su alumbramiento las infantas esten rodeadas de la corte, y la corte estaba allí alrededor de tu madre, pero á oscuras.

Si no se veía se oía.

Verdad es que á tu madre no se la oía nada. ni respirar; tal era su terrible fuerza de voluntad.

Al venir tú al mundo estuviste á punto de matarla.

Porque un hombre como tú no podía nacer sin poner en peligro la vida de su madre.

Y sin embargo, no exhaló el más leve grito, el más ligero gemido.

Tras mucha señora doña Teresa de Entenza Yo, pues, no te vi nacer, pero te oí.

Sostenía yo á tu madre, ayudando al infante tu padre, que no sabía pasarse sin mí.

Tu primer vagido fué una especie de rugido amenazador.

Viniste al mundo amenazando, hijo mio, digno de la madre que te daba á luz, sin exhalare un quejido.

Aragones como ella de los pies á la cabeza, tú eres un gran rey y lo serás mucho más aún; tú lo dominarás todo; tú enseñarás de una manera inmoderada tus reinos; tú te harás temer de propios y extraños; pero habrá algo inconquistable para ti; algo que no podrás dominar; algo que se levantará delante de ti amenazador y terrible; algo que llenará tus noches de sombras amenazadoras, de sombras terribles, de dolor y de espanto; y ese algo serás tú mismo, rey mio, tú; tú puesto delante de tu conciencia.

Y la voz del juglar tronaba entonces, pero le una manera sorda, concentrada, espantosa.

El rey continuaba mirando con una fijeza inalterable á Cantoncillo.

Pedro IV aparecía impenetrable.

Se sentía crecer una especie de irritación en el alma del juglar.

Indudablemente había pretendido conmover el alma del rey y no lo había logrado más que durante un solo momento, en el de la revelación de que doña Constanza no era su hermana.

Después, el rey había recobrado los estribos, se había asegurado en los arzones, y el juglar se sentía impotente.

Continuó:

—Yo acudí á todas las necesidades del momento.

Acepha estaba en un retiro segurísimo, completamente secreto, asistida sólo por mí.

Me fue necesario salir, volver al alcázar, de donde yo no podía saltar mucho tiempo.

La corte estaba ya en movimiento.

Se acercaba la hora en que la infanta tu madre debía dar á luz un nuevo infante.

Yo me aproveché de esta circunstancia, en que sería menos reparable mi ausencia, y volví al lado de Acepha.

Cuando yo pude soportar sin morir el espectáculo que se presentó á mis ojos en cuanto entré en el aposento de Acepha, puedo soportarlo todo.

Yo no sé cómo había podido hacerlo, pero se había ahogado.

Su cadáver estaba pendiente de una viga por medio de una cuerda.

El juglar, que no dejaba de mirar al rey, forzó su mirada como pretendiendo ver más.

Pero el rey aparecía inalterable.

El juglar continuó:

—Del lecho de Acepha salía un vagido desconsolador.

Era su hija que tenía hambre.

¡Ah! yo sufrí mucho, mucho; sufro aún.

Y en estos momentos me parece que la veo colgada de aquella horrible cuerda, livida, descompuesta, contraída, con los hermosos y luengos cabellos rubios pendientes á lo largo de su cuerpo, crispadas las manos, encogidos los brazos y las piernas.

Miserable, espantosa, aterradora.

Sobre una mesa había un papel escrito; yo he conservado ese papel, rey mio.

Yo le leo todos los días, porque no quiero que mi dolor se amengue.

Toma, lee.

Y el juglar sacó de debajo de su sayo un papel amarillento y muy usado, y le entregó al rey, que le tomó de una manera fría y leyó en el lo siguiente:

«Cantoncillo, tú me amas, yo sé que tú cumplirás la última voluntad de una desventurada; yo me he vengado, pero no he podido resistir al horror de mi venganza; delante de mí, y asidos de las manos, se presentan los espectros rojos, ensangrentados, despedazados, quemados, de mi padre y de Ivo de Sacy; yo le amo, le amo aún, con un amor infinito, desesperado; el me llama; en la eternidad de nuestro infierno viviremos unidos, sin que nada impida nuestra unión; yo he esperado, yo no he querido arrastrar conmigo á mi hija; pero ya puedo morir sin que ella muera; protégela, Cantoncillo, se su padre, hazla todo lo feliz que puedas, ámala como me amas á mí.»

El rey examinó profundamente esta carta. Tenía todas las señales de antigua.

El papel estaba amarillento y usadísimo; la tinta descolorida.

Además de esto, en la forma de la letra se revelaba una mano temblorosa.

El rey devolvió aquella carta al juglar sin decir una sola palabra.

El juglar continuó:

—Lo que te he revelado, rey mio, vale el perdón de lo que me resta por revelarte.

Yo sentí miedo allí; yo no pude soportar la vista de aquel cadáver; cogí la niña, la oculte bajo mi gabardina y escapé.

Era ya muy tarde.

La niña se había adormecido en mis brazos. Yo entré en el alcázar con ella.

Nadie reparó en mí.

Adelante maquinamente, y llegué á una cámara en que esperaba la partera.

Aquella partera era avara; una bruja vieja, una ensalmadora, una gitana que cuando no asistía en su oficio á tu madre la decía la buena ventura.

Tu madre era supersticiosa y tenía una gran fe en ella.

La madre Catalina y yo éramos una conjunta persona.

Nos aprovechábamos del cariño que nos tenía doña Teresa de Entenza, y juntos, ayudándonos el uno al otro, sacábamos de ella mucho más que lo que hubiéramos sacado cada uno de por sí.

(Se continuará.)

TIPOS SOCIALES.

LOS SOÑADORES.

Muchos han sido los escritores que han dedicado su talento y su pluma al estudio analítico de los diversos tipos que componen la sociedad; y bien solos, bien auxiliados por el lápiz y el buril de dibujantes y grabadores, han dejado una muestra perenne de cada clase, que tal vez sea para la posteridad, nuestro futuro é inapelable juez, documento precioso que ayude á sus estudios y juicios.

Pero todos ó la mayor parte de esos trabajos mas se han referido á la parte plástica, digámoslo así, que al agente ó principio moral. La figura, los hechos, las costumbres de un individuo, representante genuino de toda clase social, es sin duda un asunto interesante, y con tales datos deduce el pensador aproximadamente la calidad del ser moral que encarna; pero la humanidad no puede concederle la misma importancia que al estudio exclusivo de éste, porque aquel se ciñe demasiado á una época y á una localidad.

Las estrechas e íntimas relaciones que hoy ligan á toda la familia humana, parecen exigir estudios más generales, estudios que á todos y en todos tiempos interesen. Bajo este punto de vista el psicólogo es quien debe poner manos á la obra y presentar, con la exactitud de una fotografía á la pluma los diversos tipos morales que entran siempre en la formación de toda sociedad humana; porque el hombre es, ha sido y será siempre el mismo; un ser moral, producto de un organismo bastante uniforme, pero infinitamente vario en sus detalles no esenciales, á un ser físico responsable de las acciones á que obliga el agente moral que lleva en su seno; tómense ustedes como quieran, según sean materialistas ó espiritualistas.

Esta es, pues, la idea que ha precedido á tan desaliñados renglones; mas como yo no soy ni pretendo pasar por psicologista profundo, me limitaré á trazar algunos vagos perfiles, dejando abierto el camino á los que con más talento y más copia de observaciones le quieran seguir.

El soñador es un tipo más comun de lo que parece, y sin embargo de los menos conocidos.

Todos tenemos algo de soñadores. ¿Quién no ha procurado más de una vez sustraerse al fastidio, á las incomodidades ó á los disgustos de la vida real elevándose en alas de la fantasía tras un ideal mentiroso? ¿Quién en sus ratos de soledad, y aún á veces entre el bullicio del mundo, no se ha encerrado en el de su fantasía para seguir el vuelo de sus deseos más caros?

Según los filósofos, la causa de esto es la aspiración al infinito inherente al hombre; pero sea cual fuere la causa, lo que importa consignar es la inutilidad cuando no el perjuicio de semejantes sueños, si se les deja demasiada expansión, demasiado hueco en el espacio de la vida.

El soñador por excelencia, el verdadero

tipo, el que dedica la mayor parte de su tiempo á estos ejercicios aéreos, no es nada, ni para nada sirve en la sociedad. Por lo comun hay en el un germen de artista, según la pasión y el entusiasmo que le inspiran las obras de los grandes maestros; pero su absoluto desconocimiento de la vida práctica, la facilidad con que realiza sus fantásticas creaciones y el ningún hábito de trabajo, le hacen impotente para producir. Cuantas veces lo intenta, otras tantas desmaya. Los obstáculos materiales de un trabajo largo y serio que requiere paciencia, estudio y meditación, le fatigan bien pronto, y prefiere entregarse de nuevo á sus constantes delirios.

Habrà quien diga y crea que esta especie de gimnasia fantástica debe desarrollar mucho las facultades imaginativas y creadoras del hombre, pero este es un grave error; el círculo donde evolucionan los soñadores es sumamente reducido y siempre el mismo; su monotonía desesperadora produce á la larga un cansancio y laxitud indecibles dejando en pos como una estela de embrutecimiento.

El soñador es siempre jóven y en general poco favorecido por la fortuna; comprende fácilmente esta circunstancia, porque nadie sueña con lo que está harto de poseer, á no ser que su aspiración toque los límites de la locura.

Tres órdenes de cosas constituyen la esfera del soñador, que en todas sus sesiones concluye por combinarlas indefinidamente: la fortuna, el amor, la gloria.

El laurel es el vegetal sagrado de los soñadores, porque solo le satisfacen dos coronas, la de Marte ó la de Apolo. La gloria artística ó la guerrera son las únicas que le parecen dignas de sus aspiraciones. La virtud y la ciencia son cosas de menos brillo y más prosaicas.

La gloria, pues, que atrae los ojos de los muchachos, la fortuna que las deslumbraba y el amor que las causa envidias; hé aquí las esferas del soñador. De aquí se deduce que los soñadores no son más que depósitos de vanidad y orgullo, pues sólo aspiran á lo que halaga semejantes pasiones; pero deben tenerse en cuenta que esto es sólo mientras viven en sus regiones imaginarias, porque en la tierra son unos pequeños seres llenos de virtudes y vicios, de buenas y malas cualidades como los demás que con ellos se rozan. Debemos hacerles esta justicia.

Su peregrinación sin limite por un paisaje inalterable, uniforme, da á sus fisonomías cierta expresión de aburrimiento y hastio, y es que la vida real llega á fastidiarles tanto como la vida imaginaria. Despues de disfrutar mentalmente cuantos honores son permitidos á un débil mortal, entre el loco entusiasmo de los pueblos; despues de saborear todos los goces de la opulencia y todas las dichas de un amor inmenso, ó más bien de muchos amores delirantes, pues el soñador es amado de todas las mujeres bellas y distinguidas; despues de subir tan alto, decimos, ¿cuán pequeño es lo que puede realizarse! La pobreza del mundo es una idea bien desconsoladora.

Lo bueno que tiene el soñador es que jamás desespera. Las incomodidades que la escasez le hace sufrir van compensadas con las delicias de sus sueños, que hasta en paseo le acompañan. Dentro de sí mismo siente palpar algo grande y elevado que le presagia destinos superiores, y en su concepto lo que le falta es decidirse á realizarlos.

Y á la verdad que no anda muy descaminado cuando tal piensa. Ya he dicho que en el soñador hay un germen de artista, y ahora añado que hasta suele esconder la chispa vivificante del genio, medio ahogada por las cenizas de la indolencia, pero que una circunstancia favorable puede hacer brillar y revivir. Ningun estúpido es susceptible de soñar despierto.

Para hacer más comprensible esta clase de

hombres, tal vez dotados de cualidades eminentes, que suelen morir con él desconocidos, presentaré un tipo que más de una vez me ha llamado la atención, suministrándome gran caudal de observaciones.

Plácido es un jóven de buena figura y simpático, aunque algo descuidado en su persona. No es el suyo un desaliño estudiado, sino el negligé natural del que espera que suene la hora de presentarse al público. Plácido vive como un actor entre bastidores; no piensa en vestirse hasta que le anuncien que se acerca el momento de desempeñar su papel. Tiene muchos amigos que le aprecian y un solo enemigo que le hace todo el daño posible; él mismo.

Plácido ha sido estudiante mientras le pasó su familia una corta pensión; faltó ésta y se metió á empleado; más ni en una ni en otra ocupación ha dado frutos provechosos. Como estudiante, aborrecía las sequedades didácticas; y sin más criterio que el capricho de su imaginación, abandonaba los libros, desechaba el seguro y laborioso porvenir que éstos pudieran darle, y se lanzaba mentalmente en busca de los goces y de las posiciones elevadas por medios tan fortuitos como fácilmente improvisados; pero la persona de Plácido no salía de la inacción, y por lo tanto su posición social quedaba inalterable.

Como empleado, cualquier emborronador de papel de esos que tanto abundan en los ministerios y oficinas del Estado cumple mejor que él con su obligación, estando muy lejos de igualarle en capacidad, porque Plácido emplea todo su tiempo en lecturas amenas, en estudios literarios, y á veces en tentativas para alcanzar algo por este camino.

La vida de Plácido se desliza con gran serenidad entre la horizontal de la cama, la semihorizontal del sillón de la oficina, los paseos solitarios por el Retiro ó Recoletos y la reunión del café, donde sus facultades se exaltan por un momento con la vivacidad de las conversaciones y la excitación cerebral producida por el negro licor que da la semilla de la Arabia.

Por lo demás, su esfera de acción está reducida á la lectura de obras literarias, á asistir alguna que otra vez á los espectáculos, y á soñar despierto en todos los intervalos que le dejan libre estas dos ocupaciones.

Plácido tiene alta idea de sí mismo, y acaso esta idea no es infundada, pues los que le tratan participan de ella.

Hé aquí uno de los monólogos que frecuentemente pasan por sus labios en concentrado murmullo:

—Pues señor, esto no puede continuar; estoy perdiendo los mejores años de la vida... Sin embargo,.... ¡aún tengo tiempo! Pero la impaciencia me devora! En un confuso, aunque no lejano porvenir, pareceme escuchar las palmadas y los vitores de un pueblo que entusiasmado me espera. ¡Es necesario hacer algo! La fortuna, la gloria están en mis manos y en mi mente; esas mujeres tan espléndidamente bellas que sin cesar pasan ante mi vista en soberbios trenes; esas mujeres que ahora ni por casualidad me notan, guardan sus tesoros de hermosura, los transportes sublimes de su corazón, acaso para rendirlos á mis pies. ¡Cuando yo brille en el mundo, y mi nombre, orgullo de la patria, sea pronunciado con admiración y respeto, no tendré más trabajo que el de la elección! ¡Es necesario hacer algo! ¡Ya la inacción me aburre; la pobreza de mis vestidos me avergüenza; la frugalidad forzosa de mi mesa me irrita; la humildad de mi cuarto me abruma y entristece; la indiferencia de la sociedad me humilla! ¡Es preciso que todos reconozcan la superioridad de mi carácter y de mi talento! Sí; es necesario hacer algo, pero.... ¿por dónde empezar? ¿qué rumbo elegir?...

Y en efecto, Plácido no hace nada, pero comienza á soñar de nuevo. Ya es una herencia inesperada; ya un azar de la suerte lo

que le pone en posesión de la riqueza, primer escalón de su gloria, porque el soñador desprecia los medios lentos; ya es un famoso libro, cuyo plan concibe y desarrolla con pasmosa rapidez, lo que coloca su nombre entre las primeras eminencias; ya es un discurso político lleno de riqueza y profundidad, ó un rasgo de valor heroico que salva a la patria de un inmenso peligro, lo que le abre las puertas del templo de la inmortalidad y de la fama.... Ya titubea entre las glorias de Demóstenes y de Cesar.... Ya oye los vivas, ya siente laurel sobre sus sienes, ya se embriaga con el incienso de las adulaciones, ya ve a un pueblo prosternado y agradecido adorarle como a un Dios!...

Pero la voz de un jefe en la oficina, ó la de un amigo en la calle, le sacan de este arrebato y le obligan a descender rápidamente de su altura.

—¡Es necesario hacer algo!—vuelve a repetir cuando queda solo;—conozco, siento que me es fácil enmbrarme sobre tantas medianías.

Plácido tiene acaso razón, pero no advierte que aquellas medianías trabajan y el nada hace.... más que soñar.

Muchas veces, Plácido se decide a poner manos a la obra con un ardor febril. Esto sucede siempre que ha visto ó leído algo notable como, por ejemplo, un gran cuadro en la Exposición de Pinturas, una novela de Gauthier, Sand ó Fenillet, un drama de Ayala ó un discurso de Castelar. Entonces su frente arde; mil ideas bullen en su imaginación. Nada más fácil que hacer una cosa igual. Concebir un asunto, trazarlo, desenvolverlo magistralmente.... todo ello es obra de un puñado de días. Plácido se siente con fuerzas para mucho más. Va por la calle hablando solo, tropezando con la gente. Su imaginación calenturienta va enlazando escenas ó capítulos con lucidez extraña. La obra, el drama están ya hechos; no hay más que escribirlos.

Plácido llega a su casa en un estado de exaltación extraordinaria; y suponiendo que la falta de papel ó de tinta, ó cualquiera otra contrariedad por el estilo, no apague tan buenas disposiciones, se sienta a trabajar con ardor.

Veinte veces antes de llenar la primera cuartilla ha hecho mentalmente la obra, añadiéndole en cada una nuevos y ricos detalles; pero entre tanto su realización material avanza poco.

Por fin se cansa, se acuesta, recogiendo todas sus ideas en el cerebro, como no pudiera en un cajón de su mesa, para trasladarlas al papel al día siguiente, y se duerme pronto arrullado por los aplausos de un imaginario público.

Al día siguiente, el ardor se ha entibado, pero trabaja alguna cosa. Por la noche, en el café, anuncia a sus amigos la obra comenzada, y la reseña cual si estuviese concluida. Todos le animan y aplauden su bondad, lo que le estimula para escribir aún algunos renglones. Pero el trabajo y la constancia que requiere toda obra de arte le cansan presto y va olvidándola poco a poco. Algunos meses después, revolviendo sus papeles, se encuentra con un título retumbante y dos ó tres cuartillas emborronadas. Es todo lo que ha quedado de su gran obra.

Y así pasan los años, repitiéndose los sueños y las tentativas sin resultado alguno para Plácido, que morirá al fin, como tantos otros soñadores, abandonado y oscuro; gracias si por única huella de su existencia queda un recuerdo entre sus amigos.

Balzac califica estos sueños de *peligrosas estepas* donde se pierden las imaginaciones vivas. Yo creo que son abismos profundos de difícil salida, por no decir imposible. La facilidad de soñar destruye la facultad de hacer; la holganza que engendra mata el hábito del trabajo, y la monotonía de los asun-

tos apaga las facultades creadoras, porque para el soñador todas son novelescas y repetidas invenciones; no tienen más que un medio y un fin: la apoteosis de su orgullosa personalidad. Sea cualquiera su acción, siempre es el héroe, y siempre concluye por embriagarse con los perfumes del amor, de la fortuna y de la gloria.

Estos tipos inútiles abundan en todos los pueblos y bajo todos los cielos, pero especialmente en los países cálidos; el calor y la riqueza de la vegetación parece que se presen- ta a su desarrollo.

Algunas veces, el soñador, por un esfuerzo innato de voluntad, logra arrancarse a la peligrosa atracción del abismo, y la necesidad suele servirle de auxiliar poderoso. Desde el momento en que pierden aquel carácter y su actividad, entra en las esferas positivas del mundo, se convierte en un miembro útil de la sociedad, y a veces, sin soñarlo, llega a realizar sus fantásticas visiones de otros tiempos. Pero ¿cuánto valor y constancia necesita!

Para concluir, haremos notar la influencia de los soñadores en las sociedades humanas con la comparación de dos pueblos o razas.

El turco, el más soñador de todos los pueblos, abandonándose al fatalismo y la inacción, ha perdido su influencia en el mundo, y parece próximo a extinguirse.

El norte americano, sin duda el menos soñador, acostumbrado a no contar más que con sus propias fuerzas, ha desarrollado de tal modo su individual energía, que, aunque nacido ayer, pesa ya enormemente en la balanza de la humanidad y le amenaza con su imposición futura.

Comparad y.... no soñéis, ó por lo ménos soñad poco.

EL MARQUÉS DE SAN ELOY.

HONOR DE ESPOSA Y CORAZÓN DE MADRE.

NOVELA ORIGINAL

DE DON RAMÓN ORTEGA Y FRIAS.

(Continuación.)

Algo más había en su alma que era bastante para hacerlo odioso.

Si la historia de Andrés no era limpia, en la del comendador había más de un episodio que pudieramos calificar de horrible.

Sobre este punto daremos a su tiempo explicaciones, pues ahora no debemos decir sino que había sobrados motivos para que su conciencia no estuviere tranquila.

Suyo no más era el empeño de que su hija se casase con Leandro, pues la condesa hubiera querido dejar en la libertad más completa sobre este punto al joven.

Empero el comendador disponía de armas terribles; contaba con medios de éxito seguro, y luchar con él era casi imposible.

¿Quién hubiera podido adivinar que bajo la pálida frente del anciano caballero se abrigan ideas y planes los más espantosos bajo cierto punto de vista?

El comendador era una de esas criaturas a quienes el mundo no ha llegado a conocer.

Se le tenía por uno de esos hombres intran- sigentes y severos hasta la exageración, pero nada más.

Algunos decían que su difunta esposa no había sido feliz en su matrimonio; pero ¿quién hacía caso de estas voces?

Su esposa había muerto hacía ya doce años, y cuanto de ella se dijese no tenía ningún valor.

De la juventud borrascosa del caballero nada se deducía, porque el mundo no se toma el trabajo de examinar más que la superficie.

En cuanto a la condesa sucedía lo mismo. La creían completamente dichosa, y era la más desdichada de las criaturas.

En su vida había un secreto que el mundo no había conseguido descubrir.

Ese secreto era la clave de la felicidad de la condesa.

Empero ella no se quejaba; tenía para todos dulces sonrisas y era indulgente para su marido.

No necesitaba más el mundo para juzgar, y llegó a creer que los desórdenes de la vida del conde de Roca-Negra no afectaban a su esposa; y siendo esto lo único que hubiera podido hacerle a ella sufrir, y no sufriendo por esto, claro estaba que era la mujer más dichosa del mundo.

Leandro era la única persona que había traslucido el sufrimiento de su madre.

Había querido conocerlo, pero no lo había conseguido.

Buscó la causa en la conducta de su padre; pero no la encontró, porque precisamente cuando su padre no daba motivo alguno de queja era cuando su madre parecía sufrir más.

Del llanto veíanse muchos días señales en el rostro de la condesa, y el joven se preguntaba:

—¿Por qué ha llorado mi madre?

Y empleaba toda su ternura filial para que ella le revelase su secreto.

Sus esfuerzos fueron inútiles.

Y así pasó el tiempo, y Leandro, mal que le pesase, tuvo que aceptar la situación tal cual era, y resignarse.

Muy pronto daremos a conocer a los padres de Leandro, porque tienen reservado en esta historia un papel de muchísima importancia, y al darlos a conocer diremos de su historia todo cuanto sea conveniente decir.

En cuanto al secreto de la condesa, para averiguarlo no tendremos que hacer más que escuchar algunas conversaciones entre ella y el comendador.

Así comprenderemos la situación horrible en que se encontraba la madre de Leandro, y sabremos también de todo lo que era capaz el severo comendador.

En la morada de éste tenemos que permanecer, porque allí se preparaba una escena interesante.

Había decidido el anciano pedir terminantes explicaciones a su hija.

¿Se atrevería la joven angelical a mentir? Para no hacerlo así tendría que decir quién era el hombre que había encendido su corazón, en cuyo caso debíamos considerar perdido al pobre Querubín.

El padre y la hija almorzaron sin pronunciar una palabra.

También el rostro de ella revelaba lo mucho que había sufrido la noche anterior.

CAPÍTULO XII.

El padre y la hija.

Ya hemos dicho que el padre y la hija no pronunciaron una palabra durante el almuerzo.

Habían comido poco, muy poco, y esto por pura cere nonia, para no alterar la costumbre, ni dar a los sirvientes nuevos motivos de comentarios.

Siempre que pudo dirigió María miradas escudriñadoras a su padre, convenciéndose más y más de que éste se sentía profundamente agitado.

La bellísima joven temblaba.

Había supuesto que se le exigirían explicaciones, y esto le parecía horrible, pues no sabía cómo salir del apuro.

Con decir que nada tenía que ver con el hombre que se había introducido en el jardín la noche anterior, todo estaba concluido; pero la joven no sabía mentir, y su noble franqueza era lo que precisamente la ponía en grandísimo apuro.

Terminado el almuerzo, dijo el anciano á su hija:

—Tenemos que hablar.

La joven, sin articular una sílaba, siguió á su padre.

Temblaba la infeliz, y hacía grandes esfuerzos para dominar su turbación.

El padre y la hija se sentaron.

Esta inclinó la cabeza, fijando en el suelo la mirada.

Era el acusado que se encuentra en presencia del juez y que no puede defenderse.

El comendador, por el contrario, levantó la cabeza y fijó en su hija una mirada amenazadora.

Pasaron algunos minutos de silencio, durante los cuales se hubieran podido contar los latidos del corazón de María.

Por fin el anciano rompió el silencio, y con severo tono dijo:

—Si habeis olvidado en un momento fatal lo que se debe á la autoridad de vuestro padre, quiero creer que no os habrá sucedido lo mismo con lo que debeis á vuestro ilustre nombre.

—Padre mío,—balbuceó la desgraciada niña.

—Escuchadme,—interrumpió el anciano,—que para que me escuchéis os he llamado.

—Ya os escucho, padre y señor.

—No ignorais lo que sucedió anoche.

—Anoche....

—Un miserable se introdujo en esta casa con mengua de vuestra honra, que es la mia. Exhaló la joven un penoso suspiro.

No se atrevió á levantar la cabeza.

El comendador prosiguió diciendo:

—Tiempo hace ya que tengo noticias de que habeis olvidado vuestros deberes, y si he guardado silencio ha sido por un exceso de bondad y abrigando la esperanza de que reflexionais y comprenderais que caminabais ciegamente á un abismo; pero esta esperanza se ha desvanecido, convenciéndome de que mi bondadosa tolerancia no daba otro resultado que el de acrecentar vuestra osadía y celoso de mi honor, que estimo mucho más que mi vida, he tenido que adoptar medidas extraordinarias.

—Perdonad, padre y señor.

—¿Qué se os ocurre?

—Si quisierais escucharme....

—¿Acaso podeis alegar alguna razon en vuestra defensa?

—Creo que sí.

—¡Oh!—exclamó el anciano dejándose arrebatar por la cólera.—Esto me faltaba.... ¿Como podreis defenderos? Los hechos son exactos y por consiguiente....

—Al apreciarlos puede haber exageracion.

—Exageracion cuando de la honra se trata!

—Señor....

—Quiero llevar mis bondades hasta lo inconcebible, y escuchare vuestra defensa.

Leve, muy leve sonrisa hizo entreabrir los labios de la joven.

Empero aquella sonrisa era amarga, desgarradora.

Bondad hasta la exageracion decia el padre que era escuchar la defensa del acusado.

Sólo así se comprende hasta que punto creia el comendador que era respetable su autoridad.

—Sí,—dijo,—sí, os escucharé; pero antes habreis de responderme á unas cuantas preguntas.

—Dispuesta me teneis.

—Y es preciso que digais la verdad.

—Nunca se han manchado mis labios con la mentira.

—Bien, muy bien; algo bueno habeis de conservar de la cristiana educacion que habeis recibido.

—Creo que todo.

—Y sobre decir la verdad, exijo tambien respuestas terminantes.

—Terminantes serán.

—¿No es cierto que anoche se introdujo un hombre en el jardín?

—Ya lo sabeis.

—¿No es verdad que otras noches ha sucedido lo mismo?

—Sí.

—Y me equivoco al creer que ese hombre, en vez de venir á robar me el dinero, ha venido á robarnos el honor?

—Sí, os equivocais, padre mío.

—¿Señora!—gritó el anciano en el colmo de la impaciencia.

Entonces la joven, como si repentinamente recobrara el valor, levantó la cabeza y dijo:

—No, ese hombre no es un ladrón que viene por nuestra honra.

Púsose el comendador en pié, fijó en su hija una mirada terrible, y exclamó:

—¡Vive el cielo!.... pues qué, ¿ese villano miserable no os ama y es correspondido?

—Sí, me ama,—respondió María volviendo á bajar los ojos.

Y por un instante enrojeció su pálida frente.

—¡Horror, horror!

—Pero amarme no es deshonrarme.

—Vos lo amais tambien.

—Y al amarlo no olvido mi honor.

Viendolo estaba, y al anciano le parecia imposible aún que su hija se explicase así.

Era inconcebible tanto valor, tanta audacia en aquella niña, tímida hasta la exageracion.

¿Como se atrevia la joven á confesar sin más rodeos que estaba enamorada?

Y lo peor de todo era que al confesarlo se empeñaba en sostener que su amor no era una deshonra.

Plebeyo era el amante, y sobre ser plebeyo era pobre, pues así lo decia claramente la raída capa de paño no muy fino que habia dejado en el jardín.

El comendador no concebía que una ilustrada dama pudiese amar sin mengua de su honra á un plebeyo.

Sintió el anciano afluir á su cabeza toda su sangre; y trastornado por la ira, empezó á palearse mientras pronunciaba frases que no podian entenderse.

—Mi amado padre,—dijo dulcemente María,—recobrad la calma y escuchadme.

—¿Escuchar lo que me ofende!

—Pensad que....

—Esto es horrible.

—Me habeis prometido....

—Basta, basta.

Otra vez suspiró la joven.

Trascurrieron algunos minutos, y por fin el caballero, quebrantado, rendido por la fatiga, volvió á sentarse.

—Hablad,—dijo.

—He prometido decir la verdad, y la diré.

—Ese hombre....

—Me ama y le amo, y este amor es mi vida, y el día que se desvanezca mi última esperanza dejaré de existir. Reconozco que he cometido una falta al guardar el secreto de mi amor; pero todas las reflexiones son inútiles, porque mis sentimientos tienen más fuerza que mi razon, y porque es impotente mi voluntad. No sabeis lo que he sufrido, no podeis comprenderlo....

—¿Y quereis que os escuche?—interrumpió el anciano.

—No puedo decir cómo este amor desdichado se encendió en mi pecho, y no sé cómo este amor me domina, me enloquece; pero....

—Silencio.

—Padre mío,—repuso la joven cambiando de tono y arrojando la terrible mirada de su padre;—mi amor me enloquece, pero limpio está mi honor, porque si para olvidar á ese hombre es impotente mi voluntad, me sobra valor para morir antes que olvidar mis deberes.

—Habeis visto á ese hombre....

—Muchas veces, es verdad.

—A solas habeis estado con él en el jardín....

—A solas no, porque siempre un testigo ha observado nuestros menores movimientos; que nunca, padre mío, he dejado de pensar lo que exigen las conveniencias y mi propio recato, y he tenido mayor empeño en aparecer escrupulosa á los ojos de ese hombre por lo mismo que me interesaba conservar su estimacion. Vos estimais mucho mi honor, porque es el vuestro; pero ese hombre no me quiere deshonrada, y si yo fuese débil, me despreciaría.

—Pero siempre resulta que es un desdichado plebeyo.

—Desdichado, sí, porque la más negra fatalidad lo ha perseguido desde que nació.

—¿Es de noble cuna?

—Dios lo sabe.

—¿Por ventura ignorais su nombre?

—Su nombre....

—Acabad.

—Padre y señor....

—Responded.

—Es que....

—Su nombre, su clase....

—Su nombre....

Interrumpióse María, oprimióse el pecho y elevó al cielo una mirada, diciendo al fin.

—No tiene nombre, porque ignora quién fué su padre.

No faltaba más que esto para que el horror del anciano llegase al último punto.

¿Su hija enamorada de un infeliz que ni siquiera un nombre plebeyo tenia!

Parecióle al caballero que iba á estallar su cabeza.

Se oprimió las sienes, y quedó inmóvil.

Los ojos de María se humedecieron, y dos lágrimas corrieron por sus mejillas.

Algunos minutos pasaron sin que ninguno de los dos pronunciase una palabra.

No se percibía más ruido que el de su violenta y desigual respiracion.

Convencida estaba la joven de que su padre no transigiria.

Ella tampoco estaba dispuesta á transigir, porque le era imposible olvidar al hombre á quien amaba.

—No me engañaba mi instinto,—dijo al fin el comendador;—no me engañaba, y con razon y sobrada justicia quise matar anoche á ese miserable.

—Es honrado....

—¿Honrado!.... Pues qué ¿es posible la honra para quien es hijo de la liviandad? Honrado no puede ser el que no sabe á quien debe su existencia, y por eso el cobarde huyó....

—Cobarde, no.

—Sí.

—¿Qué habia de hacer? ¿Debió dejarse matar cuando le era imposible defenderse? De su valor tengo pruebas....

—Vuestras palabras me ofenden.

—Entonces concluire, padre mío, si es que aún quereis escucharme.

—¿Que más podeis decir?

—No soy responsable de lo que es ajeno á mi voluntad, y contra mi voluntad á lo á ese hombre.

—Olvidadlo.

—Imposible.

El comendador fijó en su hija una mirada ardiente y escudriñadora.

Reflexionó despues de algunos minutos, y dijo:

—Está bien; adoptaré las resoluciones que á mi honor convienen.

—Con la conciencia tranquila espero vuestra sentencia.

—Aunque ese miserable no tenga nombre, puedes decir quién es.

María permaneció silenciosa.

—¿No me has entendido?

—Sí, señor.

—¿Quien es ese hombre?

—Un desgraciado.

—No quiero saber eso.

—Pues es cuanto puedo deciros.

SECCION DE AMÉRICA.

JUICIO CRÍTICO

DE LOS

POETAS AMERICANOS,

POR EL DOCTOR LOPEZ DE LA VEGA.

(Continuacion.)

En *El Siglo XIX*, diario de la capital de Méjico, hemos leído una composicion titulada *A mi hijo dando limosna*. Es una de las más delicadas inspiraciones que pudiera dictar el corazon de una madre. Pertenece á la señora doña Isabel Prieto de Landazuri, y no puede darse más ternura entre una madre y un hijo. Sólo recordamos las composiciones gallegas *Naichorosa* y *O desconsolo* del malogrado Alberto Camino que puedan igualársele en ternura. Las dos últimas estrofas dan una clara idea del mérito de esta tiernísima composicion.

Dicen de este modo:

¡Hijo! ¿A qué decir más? ¡Hijo! Este nombre lo dictó todo en su inefable encanto; es la voz de un afecto inmenso y santo como no existen en la tierra dos. Este nombre es un beso, una sonrisa, una plegaria tímida y ferviente; es un himno de amor que reverente eleva el alma agradecida á Dios. Ven, acércate á mí, tu frente pura apoya con amor sobre mi seno; fija en mis ojos tu mirar sereno, sonríeme..... ¡Cuán bello estás así! ¡Cuán dichosa me siento en este instante!

Dame un beso, otro aún..... otro..... ¿Me quieres? Sé bendito, mi bien, porque tú eres la bendicion del cielo para mí.

Digno de loa es sin duda el amor que las madres profesan á sus hijos, pues no ven en ellos defectos, segun la ceguedad con que los quieren. Pero ¿en que consistirá que mientras adoran frenéticamente á sus hijos, sucede con frecuencia que sienten hacia los padres de esos mismos hijos, si no una repugnancia invencible, casi una total indiferencia? Es cierto que la mujer todo lo embelesce con su amor; pero para un hombre que cuente con el embeleso de su alma, muchos miles sólo reciben de ellas amarga hiel, aún y todo con los lazos santos del himeneo, que muchas consideran sólo una garantía para entregarse con más seguridad á sus liviandades. Sentimos tener que confesar esta verdad que la experiencia nos ha hecho patente en muchísimos casos y países diversos.

Háblase mucho en los periódicos americanos de *La Evangelina* del poeta de los Estados Unidos, Longfellow, magistralmente traducida al castellano por el poeta chileno señor M. Vicuña.

La América ilustrada, de Nueva-York, dice que es un poema pastoril, principalmente descriptivo, en los hexámetros más majestuosos que quizás se hayan escrito en inglés; idioma en que no son tan escasos y medianos como en español los buenos ejemplos de tan difícil metro latino. Y añade el citado periódico:

La Evangelina conserva en su pureza el carácter esencial del original inglés; rivaliza con este en la verdad de las descripciones, y si no le aventaja en la versificación, porque esto es imposible tratándose de una obra de Longfellow, reemplaza al menos con acierto el difícil acompasado hexámetro inglés por las más sonoras y flexibles octavas reales castellanas.

Con gusto pondríamos de manifiesto á

nuestros lectores algunos versos del citado poema; pero no lo perderemos de vista y cumpliremos este deseo, llenando este vacío tan pronto como llegue á nuestras manos.

El el mismo periódico *La América ilustrada* hemos leído la composicion titulada *El Suicida*, de José Antonio Calcaño.

Es un canto triste y funerario, elegantemente expuesto, con versos llenos de sonoridad, espontaneidad y frescura.

Dice al empezarla:

¡Ahí está, sin voz, sin vida
bajo el fúnebre sudario!
No hay otro más solitario
que el cadáver del suicida.
¡Ni un amigo en su redor!
Y en su cámara sombría
le hacen sólo compañía
el silencio y el pavor.

Continúa describiendo despues el anatema levantado sobre el suicida con notable acierto, y concluye diciendo:

Mas ¡ay de la turba impia
que le impulsó al precipicio!
El les lega el maleficio
de una perenne agonía.
Y del orco en el dintel
le hallarán amenazante,
en sus manos fulminante
el alfanje de Luzbel.

Felicitamos cordialmente al señor Calcaño por sus grandes dotes de poeta, y á la América del Sur por ser cuna de tan ilustre vate.

El señor Santos Ugarte, cubano de grandes dotes literarias, hallándose estudiando leyes en la Universidad de Santiago por los años de 60, ha escrito muchas y bellas poesías, pero una de las más notables es la titulada *Cuba y Galicia*.

Dice al comenzarla con inimitable ternura:

¡Cuba!.... ¡Cuba! celeste paraíso,
encantado vergel de mil colores,
eden angelical, donde Dios quiso
por todas partes derramar primores;
tierra de bendicion, donde es preciso
el ámbra aspirar de los amores;
virgen que tuvo mi primer caricia,
escucha el canto que te da Galicia.

El resto de esta magnífica composicion está enjundado de perlas de inspiracion y de arrebató, terminando con la siguiente octava:

¡Salud tambien, Galicia escarnecida,
la esposa del Atlántico mimada;
tú, que atesoras mi segunda vida,
tú, mi segunda patria venerada;
al contar á mi Cuba bendecida
tu historia de laureles esmaltada,
te darán alabanzas los cubanos,
que los pueblos que sufren son hermanos.

Hemos tenido la honra de conocer al señor Santos Ugarte, cuyas elevadas prendas de carácter no son menos dignas de aprecio que su talento; debiendo, la injustamente maltratada Galicia, tenerle en gran consideracion por la galanteria y entusiasmo con que la trata, quizás mejor que muchos de sus hijos, que despues de elevados á gobernadores, *oerbi gratia*, sólo saben atropellarla y escarnecerla con el mayor cinismo y tiranía.

(Se continuará.)

CAJA DE AHORROS DE SAN JUAN BAUTISTA,
DE PUERTO-RICO.

Hemos tenido el gusto de recibir la Memoria de las operaciones efectuadas en los seis primeros años que esta Caja lleva de existencia.

—¡Señora!—gritó fuera de sí el anciano.
—Quitadme la vida, padre mio, pero no descubriré este secreto, porque sé que daros á conocer al hombre á quien amo es sentenciarlo á morir ó poco menos.

—¡Sentenciarlo á morir!.... ¿Soy acaso un asesino?

—No, pero si lo conocieseis, se apoderaría de el la justicia, acusándolo de haberse introducido en esta casa á media noche.

—Y el negaría, y como nada puede probarse.....

—Nonegaría, porque tampoco sabe mentir.

—Entonces diría para que se introdujo en mi casa.

—Sus jueces creerían que así intentaba justificar su proceder, y sin escucharlo lo sentenciarían por haber intentado robar, y esto lo harían bien fácilmente, porque es pobre y desvalido, y deshonrado quedaria á pesar de la pureza de su honor. Grandes obstáculos me separan del infeliz ahora, pero nos separaria un abismo el día en que la justicia declarase que el desdichado habia cometido un crimen, pues él huiria de mí para no deshonrarme con su falsa deshonra, y yo moriria de desesperacion y sufriendo lo que no ha sufrido ninguna criatura.

Turbóse el anciano, porque su hija habia adivinado sus pensamientos, pero no por esto pensaba transigir.

Creia que su autoridad era bastante para obligar á la jóven á que dijese quien era su amante á pesar de todos los peligros que esto ofrecia.

El comendador se equivocaba lastimosamente.

No habia comprendido que á su hija le sobraba energia para reesistir, puesto que el valor nada tiene que ver con la inocencia ni con la ternura.

Maria era inocente, era sensible hasta el último grado de la sensibilidad, pero al mismo tiempo fuerte y valerosa.

Habia adoptado una resolucion y no debia retroceder.

Sufria mucho, pero no tenia miedo.

Quería evitar sufrimientos á su padre, pero no estaba dispuesta á sacrificar al hombre á quien amaba.

Era hija tierna y respetuosa, pero no era débil.

Muy trabajosamente se dominaba el comendador.

Por primera vez en su vida experimentaba una contrariedad; por primera vez su hija se rebelaba contra su autoridad suprema.

Esto era inconcebible para el anciano; estaba sucediendo y no lo creia, como no se cree lo que nos parece inverosímil.

—Quiero conocer á ese hombre,—dijo con voz reconcentrada.

—Perdonad, padre mio.

—Quiero conocerlo.

—Jamás.

—Maria.....

—Señor.....

—¿No temes mi cólera?

—No tengo miedo ni á la muerte,—replicó enérgicamente la jóven.

—¡Oh!....

—Me habeis recordado los deberes que me impone mi nombre, y uno de esos deberes es el valor.

Rugió sordamente el anciano.

Su hija prosiguió diciendo:

—No tengo noticia de que hayais temblado nunca ante la muerte, y yo tampoco temblaré.

De los ojos del comendador se escapaban centellas.

Otra vez volvió á levantarse y á pasearse.

Maria quiso llevar su audacia aún más allá, avocando recuerdos que, sobre ser penosos, eran muy graves.

—No conocí á mi virtuosa madre,—dijo,—pero sé que con valor sin igual.....

(Se continuará.)

La situación no puede ser más lisonjera para el público y para los señores que componen la junta.

Las cantidades impuestas en dicho período ascienden á la respetable suma de 131.357 pesos, que han devengado 6.942 por razón de intereses, formando un total de 138.299.

Los préstamos hechos en los seis años importan 180.303 pesos, habiéndose cobrado de estos 137.021 y quedando pendientes 23.782.

Los intereses cobrados suman 11.646 pesos, y los abonados 6.942, resultando así á favor de la Caja la cantidad de 4.703.

Estas cifras son los elogios más elocuentes que pudieramos hacer en favor del Establecimiento y de su junta directiva, compuesta de los señores don José A. Canals, don Eusebio Hernandez, don José Gonzalez y Font, don José I. Hernandez, don Manuel M. Ginorio, don Francisco Hernandez y Salgado, don Julio Geigel, don Juan J. Gorbea y don José Fort y Medina.

HISTORIA DE UN CIGARRO.

Vi la luz del sol en América, en la Isla de Cuba, en la Vuelta de Abajo, y pasé por muchas manos, tan negras como la conciencia de los usureros.

Yo era verde hoja, fresca y lozana, y me recortaron, me hicieron un lio, me convirtieron en cigarro.

Al cambiar de forma cambié de nombre.

Los inteligentes dijeron que yo era de calidad superior y digno de un paladar ilustre. Fui distinguido, separado de mis compañeros, y en aromática caja se me condujo cuidadosamente á la vieja Europa.

¿Adónde fui á parar?
Cuando la caja se abrió, me encontré en un aposento ricamente amueblado y sobre una mesa donde habia muchos papeles.

Cerca de mí, en dorado sillón, recostábase indolentemente un hombre.

Con frecuencia bostezaba, cambiaba de postura y era fácil adivinar que se aburría.

Alguna vez movió la mano derecha para tocar los papeles, pero no lo hizo y se concretó á decir:

—Mañana.
No teniendo otra cosa que hacer, quiso fumar.

¿Quién era el personaje que así se entretenía á la ociosidad?

Un ministro.
Yo fui el elegido entre todos mis compañeros.

Me colocó en su boca, aquella boca de donde habian salido tantos discursos escuchados con admiración por el pueblo.

La llama de un fósforo me comunicó su fuego, y sentí arder mis entrañas como arde el corazón de los amantes de novela.

Espirales de azulado humo escapáronse de entre los repliegues de mis múltiples capas. Me consideré honrado y feliz porque no me saboreaban paladares groseros.

La fortuna me habia protegido.
El elevado personaje se deslucía en alabanzas de mi suave aroma.

HISTORIA DE UN CIGARRO.



UN MINISTRO.



SU PORTERO.

Y así pasó media hora de dicha incomparable.

La puerta se abrió presentándose una mujer encantadora.

La buena educación prohíbe fumar en presencia de las mujeres, y fui arrojado al suelo.

Para aquella mujer fueron entonces todas las sonrisas.

Quedé olvidado por el ministro; pero creí que se me guardarían todas las consideraciones imaginables, porque yo era un cigarro distinguido.

El desengaño no se hizo esperar.
¿Qué amargos son los desengaños!

Me apagué, dormí, y en cuanto desperté me encontré en manos del portero del ministro.

¿Se atrevería á encenderme?

Se atrevió, y aunque yo habia perdido mi virginidad me encontré delicioso.

Otra vez ardieron mis entrañas.

Otra vez presentóse la mujer que habia sido encantadora, y digo que habia sido porque ya habia perdido su frescura, estaba pálida y ojerosa, y su vestido indicaba que no era risueña su situación.

La mujer preguntó por el ministro; pero éste se encontraba muy ocupado y no podia recibir á nadie.

Hizo ella algunas observaciones, y el portero le contestó desdenosamente mientras dejaba escapar bocanadas de humo.

Lo que habia sucedido conmigo sucedió con aquella desgraciada que en otro tiempo fascinaba con sus ojos.

El portero se permitió dirigirle algunas galanterías, y ella se mostró amable porque comprendía su situación.

Cansóse el portero de fumar y me arrojó también.

Me encontré reducido escasamente á una cuarta parte de mi primitivo volumen.

Rodé por los suelos, y no sé cómo me encontré en una cocina.

Creí que mi carrera habia terminado, pero por segunda vez me equivoqué.

Dieronme con el pie los unos y los otros, y milagrosamente no fui aplastado.

Resonaron fuertes pisadas; el pavimento retumbó.

¿Quién se acercaba?

El aguador.

Con espanto miré las claveteadas suelas de sus zapatos.

Atravesó lentamente la cocina, vació la cuba y entabló conversacion con la criada.

Entonces pude ver que la criada no era otra

que la mujer hechicera que habia hecho las delicias del ministro y despues las del portero.

¿Se permitiría también el aguador dirigir galanterías á la que en otro tiempo habia visto á sus pies ilustres personajes?

Si, se atrevió á todo esto y á mucho más.

Para el rudo asturiano era un prodigio de belleza aquella mujer.

Ella, entusiasmada y agradecida, quiso obsequiarlo, me recogió y le dijo:

—Toma.

—¡Oh!.... ¡Oh!....

¡Oh!—exclamó él en tres tonos distintos.—

¡Un cigarro puro!

Esto era una gran cosa.

No todos los dias sonrie la fortuna.

Sacó el asturiano un fósforo de carton, lo

frotó en la suela de sus zapatos y la luz se hizo.

Por tercera vez se encendieron mis entrañas. Ya no era el humo azulado, era negro.

¡Con cuánta delicia chupaba el aguador! Sus compañeros debieron mirarlo con envidia.

Recorrian todos los cigarros la misma escala descendente que yo?

La experiencia me probó que sí.

Supuse que mi última desdicha era verme en boca del aguador, pero yo habia nacido para equivocarme.

Cien veces me apagué y otras tantas fui encendido.

Creo que los fósforos que se gastaron para hacerme arder valian mucho más que yo.

Por fin, el asturiano consideró que yo para nada servía y me arrojó en la calle.

Allí, entre las piedras, pasé una agonía indescriptible.

Pisábanme los unos y escupian sobre mí los otros; los carruajes me aplastaban con sus ruedas, y más de un jumento colocó sobre mí sus ferrados cascos.

No habia quien se dignara recogerme para darme honrosa sepultura.

Esperé con resignación la escoba de los barrenderos y el carro de la basura.

Empero mi carrera no habia concluido; aún debia yo representar algun papel.

Resonaron los ecos de una guitarra.

Miré y vi un desdichado ciego que con sus cantares imploraba la caridad.

Serviale de lazarillo una mujer.

Exhalé un grito de sorpresa.

Aquella mujer era la que yo habia conocido esplendente de hermosura en el despacho del ministro.

Su suerte habia sido igual á la mia.

De escalon en escalon habia descendido hasta el último grado de la miseria.

La infeliz, que lo mismo miraba á los balcones que al suelo, me descubrió magullado entre dos adoquines.

No me miró con desdén, sino que me recogió, me limpió como mejor pudo y me puso en manos del ciego.

Este dejó de tocar; se le proporcionaba un goce y no queria dejarlo para despues.

Fui encendido con gran trabajo, porque la vejez me habia hecho casi incombustible.

Para el ministro, para el portero, y hasta para el aguador, era yo repugnante; pero al mendigo le pareció que mi aroma era delicioso, así como le parecia que su compañera podia competir con Venus.

HISTORIA DE UN CIGARRO.



SU AGUADOR.

EL ARENERO.

Con intervalos más ó menos largos pude ser útil todo aquel día. Por fin me vi abandonado para siempre; había concluido mi carrera.

Recordé mi historia, y se me ocurrieron muchas filosóficas observaciones que no quiero repetir.

Convertido en polvo y ceniza, me vi mezclado con la basura.

Nadie hubiera podido sospechar que allí estaban los restos del que había representado un gran papel.

Camine hacia mi sepultura una mañana.

Yo iba en un carruaje y oyendo resonar la campanilla con que á los vecinos de Madrid se les recuerda diariamente que es preciso limpiar la casa.

A poca distancia del carro pasaron dos hombres con una camilla, donde iba al hospital un enfermo.

¿Quién era el desgraciado que debía exhalar el último suspiro en un establecimiento de beneficencia?

La mujer que después de haberse visto acariciada por el ministro tuvo que acariciar al pordiosero.

Se había visto adulada lo mismo que yo, pero ya nadie se acordaba de ella.

Le habían dicho en otro tiempo que era perfume embriagador el aliento que se escapaba de su boca.

A mi tambien me habían dicho que mi aroma era delicioso.

El portero había hecho justicia á la belleza un poco ajada de aquella mujer, así como había reconocido que yo era de buena calidad.

Luégo hubo ella de contentarse con que el aguador le llamase paloma, así como de mi dijo que aún se me podía fumar.

El ciego mendigo se sirvió de aquella mujer como de un lazarillo y la encontraba buena porque no tenía otra cosa.

Conmigo también se recreó porque hacia una semana que no tenía tabaco.

Lo que á nosotros nos pareció muy bien fué que acabase nuestra vida, porque así nos evitamos muchos sinsabores.

Ya sabes, lector, la historia de un cigarro, y no te quedará duda de que lo que los unos desdennan les parece á los otros muy bueno.

En cuanto á lo demás, no olvides que de escalen en escalon vamos siempre bajando hasta llegar á la fría sepultura, donde se encierran todas las grandezas, todas las vanidades y hasta los recuerdos.

RAMÓN ORTEGA Y FRIAS.

AUSENCIAS CAUSAN OLVIDO.

NOVELA

POR TORCUATO TÁRRAGO.

TERCERA PARTE.

(Continuación.)

XXII

El copo de nieve.

Preocupado todo el mundo con la novedad, nadie pudo ver ni aquella mirada ni aquella sonrisa.

El mismo capitán fué el que corrió primero

con un vaso de agua en la mano para refrescar las sienes y el pulso de la hermosa jóven, la cual volvió en sí á los pocos momentos.

Cuando Ana abrió los ojos, los fijó en su madre de una manera dulce y tristísima al mismo tiempo.

Cárlos estaba pálido como la muerte. Se hallaba silencioso y presentía algo de siniestro en aquel suceso inesperado.

—¿Qué ha sido eso?—preguntó María Fernandez á su hija con esa ansiedad que solamente se comprende en el corazón de una madre.

—Nada, un pequeño mareo,—contestó Ana queriendo sonreírse.—Sin duda el calor del fuego.... El ruido de los niños que están en el Nacimiento.... ¿Qué otra cosa puede ser?

—A fe de Pablo Villagomez,—exclamó en aquel momento el capitán,—que no hubiera querido ser causa de la indisposición de usted con la relación de los sucesos de Africa.

Ana se estremeció al oír aquella voz; pero la absoluta tranquilidad del capitán, la calma que se veía en todo su semblante, el nombre completamente desconocido que acababa de pronunciar hicieron que la hermosa y pálida niña levantara los ojos y quedase sosegada del todo.

Retratóse por consiguiente en su semblante cierta quietud que hasta aquel momento no había tenido, esparciéndose por sus mejillas el puro color de la violeta y de la juventud.

Lanzó Ana al militar una mirada de agradecimiento, y quedó sonriéndose con su madre como si nada hubiera ocurrido.

Restablecida la calma; convencidos todos los convidados de que el accidente de Ana había sido un ligero vahido; inquieta María Fernandez, más inquieto aún Cárlos Fuster y sereno é indiferente el capitán, prosiguió la cena como si tal cosa hubiera ocurrido, y por lo tanto principió la conversación sobre cosas indiferentes. Mas como siempre hay en todas partes mujeres curiosas é imprudentes, la esposa de don Cándido de los Ríos volvió á traer á colación los hechos de Africa, pero de la manera más inconveniente del mundo.

—¿Conque usted es de los cazadores de Alcántara?—preguntó dirigiéndose al capitán.

—Servidor de usted, señora,—replicó el alojado inclinándose.

—Entonces conocería usted á un pobre chico de este mismo pueblo que servía en ese batallón?

Ana se puso pálida de nuevo; aquella im-

prudencia era ni más ni menos que el vivo recuerdo de su corazón.

Pero la mujer de don Cándido, que iba tan sólo á satisfacer su curiosidad, no se detuvo en nada.

El capitán fijó en ésta sus grandes ojos.

—Señora,—contestó,—no es cosa fácil por cierto saber todos los nombres de los individuos de un batallón.

—Es que el muchacho por quien pregunto murió en la batalla de Tetuan, si mal no recuerdo.

—Eso es otra cosa. Cuál era su nombre?

—Rafael Alvarez.

Este nombre, que resonó en el alma de Ana, la hizo prestar una atención extraordinaria á aquel diálogo. Latía su corazón

violentamente; y aunque todo aquello le causaba un dolor inmenso, deseaba oír algo que tuviese relación con la memoria de su antiguo amante. Dominóse cuanto pudo y escuchó.

Todos los convidados, guiados por la curiosidad, hicieron lo mismo.

María Fernandez, sin embargo, no separaba los ojos de su hija.

Cárlos Fuster seguía cada vez más pálido, mientras que daba vueltas con la mano á la cadena de su reloj.

El capitán, fuera por casualidad ó por recordar mejor, se llevó la mano á la frente, dejándola caer á lo largo de su semblante.

—¡Rafael Alvarez!—exclamó.—¡Ah, sí, lo recuerdo! era el teniente de la cuarta compañía. ¡Pobre chico! Murió, señora.

Todos hicieron un gesto hipócrita de compasión, mientras Ana inclinó lentamente la cabeza sobre el pecho.

Poco después levantóse silenciosamente. ¿Adónde iba? No podía resistir más y se retiraba á su cuarto. Su madre la siguió.

La conversación se hizo más general, las preguntas llovían sobre el alojado; éste contestó á todo con discreción y talento; Pedro, que era curioso como toda la gente de los pueblos pequeños, no se cansaba de interrogar; y por lo tanto supo con alegría que aquel capitán tan guapo, tan fino, tan elegante iba á detenerse en Guadix todas las Pascuas.

—Como los soldados que me acompañan van aún convalecientes de sus heridas,—exclamó el capitán,—quiero que descansen durante la Pascua en este pueblo, en que ha dado la casualidad que nos sorprenda la Nochebuena. Tendré, por lo tanto, el disgusto de molestar á usted en estos días.

—Antes al contrario,—contestó Pedro,—así gozaré de la satisfacción de que nos acompañe usted á la boda de mi hija.

—¿Pues qué, se casa su hija de usted?—preguntó el capitán con sencilla curiosidad.

—El día de los Inocentes, caballero.

El capitán agradeció cortesmente la invitación, y terminó por aceptar la honra que se le hacía.

Poco después volvió á presentarse María Fernandez diciendo que Ana le dolía un poco la cabeza, por lo que la cena se dió por terminada. Las impresiones habían sido rápidas, fuertes é inesperadas, y el resultado fué que Ana tuviese calentura toda la noche.

Durante las horas de ella, la hermosa jóven vió en el fondo de su mente la imagen del capitán, unas veces risueña y otras som-

bria; creyó que, á semejanza de un espíritu, penetraba en su habitación, que se sentaba junto á su lecho, y mirándola de hito en hito, parecía pedirle cuenta de lo pasado como si tuviese algún derecho para ello: se figuró descubrir en el foco de su mirada la mirada que en otras épocas la había fascinado con todo el prestigio del amor; pareció escuchar misteriosas reconvenciones; creyó descubrir en la fisonomía del alojado algo que tenía semejanza con la fisonomía de Rafael, y hubo momentos en que se figuró ver á éste, no como era, sino como debía ser en el instante de caer moribundo bajo el plomo de los marroques.

Y así pasó la noche, ignorando si dormía ó velaba, luchando con los vagos fantasmas de su pensamiento, hasta que el primer rayo del día hirio sus pálidas mejillas.

Entonces sacudió de su mente todas las sombras de la noche; se acordó de la realidad, de Carlos, de su situación, de que los muertos no podían salir de sus sepulcros, y de que el capitán alojado en su casa era tan sólo un compañero, un amigo tal vez de aquel Rafael, tan amado después de muerto como olvidado durante su vida.

Una vez más serena, comprendió que era inútil mortificarse con vanas y efímeras aprensiones; se dijo á sí misma que ya las cosas no tenían remedio; pensó en que Carlos podía hacerla feliz; reflexionó en su próxima boda, en el contento de sus padres, en la satisfacción de todos, y acabó por fortificarse contra las sensaciones ocultas de su alma y los remordimientos secretos de su corazón.

Hizo voto de estar contenta, de desterrar de su pecho aprensiones inútiles, de mirar con indiferencia al alojado, por más que se encontrase en su semblante un recuerdo, tal vez un parecido de la fisonomía de Rafael; y cuando entró su madre para ver como había pasado la noche, la dijo que estaba buena del todo y que quería aprovechar aquellos tres días que le quedaban de libertad para divertirse y distraerse todo lo que pudiera.

Maria escuchó á su hija llena de placer, y lo contestó que en virtud de haber baile de Animas al día inmediato en casa de don Cándido de los Ríos, allá irían todas las tardes y parte de las noches con objeto de lograr lo que Ana deseaba.

Esta se levantó contenta, no sabemos si real ó aparentemente. Cuando bajó á la cocina, se encontró con el capitán, que se estaba calentando tranquilamente. Se saludaron; pero Ana, sin saber por qué, se puso pálida.

El alojado, aparte de su natural cortesanía, permanecía indiferente.

Le preguntó si estaba mejor; habló del tiempo, el cual estaba frío y nebuloso, y concluyó por permitirse alguna broma del cada respecto del próximo enlace que la esperaba.

Ana no se atrevió á resistir la mirada del capitán, y bajó la vista.

Poco después se sirvió el desayuno.

Pedro encontró en su alojado un pozo inagotable de noticias nuevas y extrañas para él, y no le dejaba un instante. Como el cielo estaba cubierto de nubes oscuras, lo que anunciaba una abundante lluvia ó una próxima nevada, el día se pasó al resplandor de la lumbre.

Por la noche hubo baile, pero de esos bailes donde las guitarras suplen á otros instrumentos y donde las castañuelas recuerdan las zambras morunas bajo las sombras de las palmeras.

En estos bailes, donde se confunden todas las clases, donde los criados alternan con los amos, hay cierta cosa dulce y poética que fascina.

Ana, fiel á sus propósitos de la mañana, estuvo alegre, y se divirtió cuanto le fue posible. Todas sus amigas la rodeaban; y Carlos, mucho más contento y satisfecho, cruzó

con ella algunas palabras tiernas y cariñosas. El baile tuvo efecto en la sala donde estaba puesto el *Nacimiento*.

Las amorosas cadencias de los villancicos y el eco acompasado y algún tanto languido de las guitarras resonaban dulcemente entre el movimiento de la multitud. Solicitos erian los distribuidos en grandes bandejas tarrores, mantecados, almendrados y mazapanes, y por todas partes brillaban la alegría y la satisfacción.

Aquel baile, aquella fiesta, era, por decirlo así, la precursora de la unión de Ana; por consiguiente era la heroína de todas las conversaciones, el blanco de todas las miradas, el espejo de todas las sonrisas.

Aquella noche tenía la hermosa joven palabras para todo el mundo; comía como en otros tiempos más dichosos; sonreía á todas sus amigas, y por último acabó por bailar dos ó tres veces con la elegante gracia que tanto la distinguía.

Luégo que se hubo cansado, y después de recibir las tiernas caricias de su madre, que estaba á la ceca de alegría, se dirigió á la cocina á fin de dar algunas disposiciones.

Renació en ella, casi de repente, áquel *bulle-bulle* de otros tiempos; y ya que por momentos tal vez volvía á ser la joven alegre y risueña, quiso ver si sus criados se divertían.

Desde la sala donde estaba el *Nacimiento* hasta la mencionada cocina, había que atravesar primero una antesala ancha y espaciosa, luego descender por unas escaleras, y llegar á una meseta muy grande, en la que se abría la puerta para entrar en aquel departamento.

En la pared de la izquierda de esta meseta, ó sea la que formaba el muro maestro de la casa por aquella parte, se abría una dilatada ventana, la cual caía precisamente al huerto.

Descubriase á la sazón por esta ventana un cielo blanquecino lleno de vapores, de los que se desprendían copos de nieve, que revoloteaban en el espacio como mariposas blancas.

La ventana estaba abierta de par en par: los brazos negros y descarnados de los árboles del huerto se dibujaban á través de aquella helada bruma. De pié, inmóvil y contemplando aquel triste y sombrío espectáculo, se hallaba el capitán de cazadores de Alcántara, el alojado de la noche anterior, don Pablo Villagomez, que con la cabeza descubierta parecía encontrar un placer y un consuelo al recibir la impresion de aquella áspera temperatura.

Una tristeza infinita se dibujaba en su varonil semblante; y en el momento en que Ana reparó en él, echó de ver que sus ojos negros y rasgados miraban hácia el cielo, como si allí buscara la esperanza que tal vez le faltaba en la tierra.

Ana, sin saber la causa, acaso por el estado mismo de su corazón, perdió instantáneamente su alegría, y se estremeció al ver á aquel hombre en una actitud tan extraña y silenciosa.

El capitán sintió el roce del vestido de la joven, y volviendo rápidamente la cabeza se encontró enfrente de ella.

Borró al punto la triste y severa expresion de su semblante, y exclamó:

—¡Ah! ¿es usted? no lo esperaba...

Estaban solos, y el capitán dió un paso acercándose á Ana.

—Yo creía,—replicó ésta con acento balbuciente,—que estaría usted en el baile.

Sonrióse el capitán de una manera dolorosa, clavó sus negros ojos en el pálido semblante de la niña, y después de mirarla con profunda detencion, dijo:

—No, el baile me cansa. Me dolía un poco la cabeza, y he venido á este sitio á recibir las emanaciones de la noche, que son muchas veces las que fortifican el cuerpo y dan

vigor al espíritu. Yo siempre, señorita, he tenido por amiga la soledad, y aquí me encuentro en esta ventana mirando ese huerto cubierto con las ruinas de la naturaleza y contemplando ese cielo lleno de sombras, como suele estarlo muchas veces el corazón humano.

Había en el lenguaje del capitán un sentimiento tan profundo, que la joven se sintió como dominada por aquel lenguaje.

—¿Es decir,—replicó Ana,—que usted encuentra en todo esto un placer como otros encuentran un malestar?

—Justamente; placer del alma que encuentra lecciones elocuentes en todo lo que está viéndolo: placer del corazón que acaso busca recuerdos en el mismo espectáculo que tenemos delante de nuestra vista.

—¡Recuerdos!

—¡Y por qué no! ¿Quién, en el curso de la vida, durante una noche serena ó tempestuosa como la presente, no habrá tenido un momento en que sólo el corazón, sólo la soledad, sólo Dios hayan sido testigos de lo que ha podido pasar en ese espacio? ¿Quién puede saber esas misteriosas confidencias que se escapan á veces á traves de una reja como esa que hay en el huerto enfrente de nosotros? ¡Ah, señorita! yo busco los misterios de la noche como otros buscan los misterios de la vida. Perdoneme usted si he podido incomodarla.

Ana estaba confundida, temblaba... Aquel hombre parecía leer en el fondo de su pecho.

—¡Ah!—exclamó por último.—¿por qué he de perdonar á usted? ... Habla usted de cierto modo que me asombra.

—Yo soy así.

Y extendiendo la mano fuera de la ventana, recogió en la palma de ella uno de los grandes copos de nieve que caían de la atmósfera.

—Yo soy así,—repitió con acento trémulo,—la Naturaleza me enseña muchas cosas. ¿Ve usted este copo de nieve? Es blanco, es puro, tiene la aureola inmaculada de su propia candidez. Pues bien, contémplole usted poco á poco. Mire usted cómo se derrite, cómo se disuelve, cómo desaparece, en fin. Pues bien, señorita, figuremonos por un instante que un copo de nieve es una promesa, una esperanza, más aún, un juramento. ¿Qué queda de todo eso? Nada. El copo ha desaparecido y el juramento también. La Naturaleza y el alma humana se dan la mano. Por eso me río de todo. Creo que tengo razón.

Y lanzó una carcajada que más tenía de horrible que de risueña.

Ana dió un grito. Algo que acababa de ver en el fondo de su corazón como en un espejo le hizo temblar.

Y sin saber cómo, huyó de aquel sitio.

XXIII

El baile de Animas.

Como hemos indicado ya, el día 26 y 27 de Diciembre había baile de Animas en casa de don Cándido de los Ríos, que además de ser comerciante, algún tanto usurero, era ni más ni menos que hermano ó mayordomo mayor de la parroquia de San Miguel de Guadix.

Si al escribir esta pequeña novela no quisiéramos trazar algunos cuadros de costumbres, podríamos pasar por alto este capítulo y marchar derechos al día 28 de Diciembre, que era el señalado para la boda de Ana y Carlos Fuster; pero no sabemos quién ha dicho que para casarse siempre es temprano, y buenos es que abusemos del tiempo todo lo posible antes de llegar á ese último eslabon de la cadena de este libro.

Hagamos, pues, alto por un instante en el baile de Animas, ya que en el tenemos acaso que describir costumbres raras y hechos interesantes.

El primer deber del mayordomo mayor de Animas es reunir un crecido personal de to-

cadore de guitarras, bandurrias, violines, panderos y otros instrumentos, con los que forma una orquesta *sui generis*, la cual está encargada: primero, ir de casa en casa cantando villancicos, á fin de lograr alguna limosna para las expresadas *Animas*; y segundo, imprimir un baile allí donde el mayordomo cree que puede sacar mejor partido, que aumente la colecta general que va practicando.

Estos bailes se verifican por la tarde al aire libre en cualquier espacio anchuroso, y por la noche bien en casa del mayordomo, bien en alguna casa particular, cuyos dueños tienen gusto de invitar á las *Animas* á que pasen adelante.

Acompaña siempre á toda la abigarrada comitiva un personaje, del que debemos hacer mención.

Este personaje es conocido con el nombre generico de *Floreo*.

Hemos buscado la etimología de este nombre, pero no hemos podido encontrarla. El *Floreo* va vestido de un traje de bufón, en parte verde, en parte amarillo, en parte encarnado. El semblante va tiznado de negro, y lleva en la mano una caña muy larga á guisa de cetro.

Su misión no es otra sino obligar á todo el mundo á que deposite limosna en el cepillo de las *Animas*, ó de lo contrario al que es reuente, castigarlo con la caña para que llene este deber.

Extiéndese á más la terrible jurisdicción del *Floreo*.

Una vez en el baile, él es el juez absoluto de él, como si aquello fuera un tribunal inapelable.

Para comprender la extraña y artificiosa organización de estas fiestas, vamos á dar un ligero detalle de ellas.

El baile, no es baile si se quiere, es una subasta, una puja continua, un remate especial. En estos bailes se rifan los deseos, las miradas, las sonrisas, los abrazos de los hombres y particularmente de las mujeres bonitas. El *Floreo* es, por lo tanto, quien cobra los derechos de estos actos, donde se interesa el corazón, y es quien lleva á debido efecto la sentencia del remate.

Ocorre, por lo general, que en el gran círculo de concurrentes que se extiende en el puesto designado para el baile, siempre hay alguna persona que tiene deseos e interés de bailar con una joven, que al lado de su madre está contemplando el espectáculo.

Acércase el interesado al *Floreo*, y ofrece una cantidad de ducados para que baile la chica que él desea que baile. Si esta chica tiene un hermano, un novio, un pariente, un amigo, obligación de estos es ofrecer mayor suma de ducados para que la turbada joven no baile, y aquí se entabla la lucha, hasta que gana el uno ó el otro; y entonces, ó la muchacha tiene que bailar quiera ó no quiera, ó no baila, aunque deseen que baile y ella lo desee también.

Como este ejemplo que hemos presentado hay muchos, y no deja de haber peripecias de gran interés, pues hasta los caprichos más extraños se ponen en rifa, y para librarse de los mencionados caprichos no hay otro remedio sino pagar ducados sobre ducados, que es un primor.

Por fortuna, el ducado no es ni puede ser el ducado verdadero. El ducado de las *Animas* tiene simplemente el valor de dos maravedises; pero esto no quita el que las apuestas lleguen á veces á diez mil ducados, para librar á alguna buena moza del estúpido abrazo de algun tonto.

Basta esta ligera idea para comprender si por este medio las *Animas* sacarán una pingüe cosecha de ducados durante los días de Pascua.

Esta misma escena, que por las tardes se verifica en público, tiene lugar por la noche en casa del mayordomo, ó en alguna casa

particular, si bien entónces hay mucha delicadeza y buen gusto en las bromas á que dá lugar el sistema de semejante baile.

Con estas explicaciones, que hemos creído indispensables para la inteligencia de este capítulo, pase nos á la casa de don Candido, le los Ríos en la noche del segundo día de Pascua, ó sea de la antevíspera de la boda de Ana con Carlos Fuster.

Esta, á pesar de la escena ocurrida la noche anterior con el capitán, e-cena que sin saber como traía á su memoria todos los recordimientos de su corazón y todos los terrores de su alma, asistió al baile de *Animas* con una calma aparente más bien que real.

Ana tenía necesidad absoluta de distraerse; quería huir de las ideas que, á manera de sombras, espantaban su imaginación; deseaba sepultarse en el movimiento y el ruido para no pensar, y acaso no ver, lo que tan sólo existía en el fondo de su pensamiento; y movida por estos resortes, pálida, pero hermosa siempre, se dirigió al baile de *Animas* en compañía de sus padres y de Carlos Fuster, donde la aguardaban todas sus amigas y donde la buscaban todas las miradas.

Ana por sí sola era el ornamento de una fiesta de aquella índole.

Ana era la mujer hermosa, de formas puramente andaluzas, de movimientos delicados, de contornos finos y seductores y de rostro brillante y deslumbrador. Esto, unido al gusto de su traje, al lazo de oro de su cintura, á la noble esbeltez de su cuerpo y á la belleza de su peinado, arrojó sobre ella la admiración de la concurrencia y los aplausos de la multitud.

(Se continuará.)

RESEÑA BIOGRÁFICA

DE FRAY CIRILO DE ALAMEDA Y BREA,

CARDENAL ARZOBISPO DE TOLEDO.

Nació este varón, ilustre por su ciencia y sus virtudes, el día 14 de Julio de 1731 en el pueblo de Torrejon de Velasco.

Sintiendo inclinación á la vida monástica, ingresó en la Orden de San Francisco, donde bien pronto se distinguió hasta el punto de que, joven aún, fue elegido para desempeñar cargos de bastante importancia.

No era ambicioso, y por consiguiente no podía satisfacerse con esto, pues lo que deseaba era prestar verdaderos servicios á la religion católica.

Poseído de ardiente fe, no reparó en sacrificios de ninguna clase, pues le importaba muy poco perder la existencia si cumplía sus deberes como sacerdote.

Emprendió, pues, largos y peligrosos viajes por la América del Sur; y predicando unas veces y otras escribiendo, hizo una propaganda que produjo para la religion católica inmensos beneficios.

Al mismo tiempo practicaba con la más esmerada exactitud todas las cristianas virtudes, conquistándose así en pocos años una reputación envidiable.

A su regreso de América, y por razones que desconocemos, representó un importante papel en la corte del Pretendiente titulado Carlos V, llegando á neutralizar la influencia del obispo de Leon, y empleando al fin la suya para que se realizase el Convenio de Vergara.

Si desde luégo se había propuesto este desenlace pacífico y beneficioso para todos, preciso es reconocer que prestó un servicio más á la humanidad y á su patria.

Había sido general de la Orden de San Francisco, y su prestigio en la corte de Madrid databa desde la intervención que tuvo en la boda del rey don Fernando VII con doña Isabel de Braganza, princesa del Brasil.

Fue nombrado arzobispo de Cuba, donde

dejó muy buenos recuerdos, y tambien tuvo á su cargo el arzobispado de Burgos.

Como era uno de los sacerdotes de mayor importancia, fue elevado á la silla primada de la iglesia de Toledo; recompensa merecida despues de su larga y brillante carrera.

El padre comun de los fieles lo habia distinguido tambien, concediéndole el capelo de cardenal.

Cerca de noventa y un años tenia cuando dejó de existir el 30 de Junio de este año.

En su testamento ha dejado muchas cantidades para los pobres, practicando así la caridad hasta en los últimos momentos de su vida.

Un gobierno católico como el de España no podía dejar de hacer lo que ha hecho, y por real orden de 1.º de este mes se dispuso que al ilustre finado se le tributase los mismos honores funebres que corresponden á un capitán general de ejército que muere con mando en jefe, levantando para ello la prohibición que establecen las Ordenanzas respecto de los puntos donde residen sus majestades y príncipe de Asturias.

El entierro ha sido una solemnidad.

A las siete de la mañana del jueves 4 del corriente, los restos mortales del arzobispo de Toledo han sido conducidos á la estación del ferro-carril del Mediodía desde la calle del Sacramento, donde está el palacio arzobispal, siguiendo por las calles de Latoneros, Toledo, Imperial, Atocha, Carretas, Puerta del Sol, Carrera de San Jerónimo y paseo del Prado.

Fuerzas del ejército y de la Milicia ciudadana cubrían la carrera, adonde habian acudido tambien millares de personas.

Asistían al acto casi todos los ministros, los más ilustres personajes de la corte, corporaciones oficiales, generales y brigadieres exentos de servicio.

Entre los carruajes se veían los de la casa real.

El general Pampillon representaba al capitán general del distrito, que no pudo asistir, y el brigadier Búrgos iba en nombre de su majestad el rey.

La iglesia católica ha perdido uno de sus miembros más ilustres en todos sentidos. El Omnipotente lo habra recompensado con los gozes inefables de la eternidad.

SECCION DE ACTUALIDADES.

HISTORIA

DE LA

INSURRECCION CARLISTA DE 1872

POR DON RAMON ORTEGA Y FRIAS.

Parece que la insurrección carlista toca á su fin, al ménos en Navarra y las Provincias Vascongadas, donde, á juzgar por los partes que se reciben y por las noticias que nos envia nuestro corresponsal, no hay más que algunos centenares de carlistas divididos en pequeños grupos y que vagan huyendo de la persecución que se les hace.

Si de Cataluña pudieramos decir lo mismo, añadiríamos que la situación era risueña en cuanto á la sublevación; pero las noticias y las opiniones son contradictorias sobre este punto, y creemos que en realidad las provincias del Principado se encuentran poco más ó menos como se encontraron las Vascongadas hace un mes.

Apenas las tropas pueden dar alcance á las partidas, y estas van y vienen con bastante libertad, y cometen toda clase de excesos, pues en algunos puntos no se contentan con inutilizar los ferro-carriles para interrumpir la marcha de los trenes, sino que penetran en las estaciones, destruyen carruajes y máquinas y cometen otros abusos que son inalicables.

Parece que el capitán general señor Baldrich ha querido dirigir por sí mismo las operaciones, y ha salido de Barcelona. Pronto hemos de ver lo que consigue, que deberá ser mucho, puesto que el gobierno le envió más recursos de los que había pedido.

Con vivos colores pinta un corresponsal la situación de Cataluña, y no queremos privar a nuestros lectores de las noticias y observaciones que contiene su carta, por cuya razón hemos decidido insertarla íntegra.

Dice así:

«BARCELONA 6 Julio de 1872.—Aunque muy seguro de cuanto decía a usted en mi anterior correspondencia, no creía, señor director, que los hechos vinieran tan pronto a confirmar mis temores.

En pocos días los carlistas han entrado en la ciudad de Solsona, en Vilanova de Meyá, Argenta, Dosrius y La Bisbal. Después de lo sucedido en Reus, sólo la falta absoluta de un buen sistema de persecuciones y defensa puede explicar esos sucesos. Téngase presente que la mayor parte de los alcaldes de los pueblos situados en la montaña son adictos a la causa del absolutismo, y que esto contribuye a desorientar, a engañar a los jefes de las columnas del ejército, que han de acudir para sus informes y noticias a las autoridades locales, mientras los carlistas tienen perfectamente montado su servicio de confidencias y espionaje.

El general Baldrich ha salido para Tarragona y Reus con algunas fuerzas; es difícil saber lo que se propone hacer, pues así como algunos dicen que estaba preparando hace días un plan de campaña, otros, que creen conocer bien sus condiciones personales de carácter e inteligencia, haciendo justicia a su valor individual llevado hasta el arrojo, no le conceden dotes militares, en el sentido estrictamente científico de la palabra, y mucho menos disposiciones políticas para mandar una provincia tan importante como Cataluña. Realmente hay diferencia entre distinguirse al frente de cuerpos francos y guerrillas y dirigir una campaña, sin olvidar al mismo tiempo las graves complicaciones sociales que surgen entre nosotros como otros tantos pavoresos problemas.

Los que presenciaron de cerca el mando del general Baldrich en Puerto-Rico, aseguran que allí fracasó completamente, y extrañaron por lo mismo verle elegido para Barcelona por el gobierno radical, que felizmente rige los destinos de esta nación.

Mucho me alegraré que el general Baldrich llegue con su conducta a disipar esas dudas y a desmentir la antigua creencia de que *nadie es profeta en su patria*.

No crea usted, señor director, que dé yo una importancia exagerada a la rebelión carlista en este Principado; conozco demasiado para ello su origen y su alcance.

¿En dónde estaban los carlistas durante los últimos ocho años del reinado de doña Isabel II?

Es cosa ya reconocida que las fatales intransigencias revolucionarias han hecho revivir esos principios, esas ideas caducas, que forman un verdadero anacronismo en nuestra sociedad moderna. Ante el triunfo de la revolución, ante los ultrajes a la religión y amenazado cuanto había de santo y puro en nuestras costumbres, hasta el olvido de nuestra altivez nacional, llevándonos a buscar en el extranjero lo que entre nosotros existía, no es extraño que la bandera de don Carlos recompusiese sus girones y se viese fortalecida por personas respetables que pertenecían a los partidos conservadores del orden derrocado en Setiembre.

Esas personas veían negaciones por todas partes y un porvenir oscuro; ¿es, pues, extraño que se acogiesen a la primera afirmación que se les presentaba con cierto carácter tradicional? No. Por mi parte los disculpo sinceramente, deplorando los trastornos que su

fanatismo ha proporcionado al país, y que no hayan tenido más constancia, más fe en sus antiguas doctrinas. Los carlistas, propiamente dichos, se aprovecharon de esas circunstancias y han llegado a formar un partido numeroso, explotando la incredulidad de un príncipe que ignora la verdad de sus propios asuntos.

Tenga usted la seguridad, señor director, por lo que a Cataluña se refiere, que si el tiempo y los sucesos nos traen una solución perfectamente española, dispuesta a nobles sacrificios, llena de moralidad, que sin separarse de lo tradicional acoja sinceramente las ventajas y las conquistas posibles de la revolución sobre una ancha base de desinterés y transacción, esa solución hará desaparecer el carlismo mucho más pronto que los fusiles *Remington* y las disposiciones del general Baldrich. Este triunfo moral, superior a todos, está reservado a la causa que con tanto patriotismo defiende *La Epoca*, única causa verdaderamente nacional.

Personas que acostumbra estar bien enteradas, creen que, concluida esta sublevación y desengañado don Carlos, se trabajará, o más bien se trabajará, para que entrando éste príncipe en la fusión de familia, siga el noble ejemplo del duque de Montpensier y realice un acto importantísimo que aplaudirían los buenos españoles y que elogiaría la historia. Se asegura que el general Cabrera, prestando un gran servicio a su país, vería con gusto que el duque de Madrid, colocándose por encima de ciertas preocupaciones, fuese héroe de las pasiones y venciese su ambición, ya que la suerte no ha querido hacerle héroe en los campos de batalla. Algunos príncipes de la familia de doña Margarita, templados en la desgracia, nobles y levantados caracteres, apoyarían ese acto cuya trascendencia no necesito explicar.

Los que se ocupan del asunto no ignoran las dificultades que a él se oponen; pero tienen gran perseverancia, y cuentan, más aún que con su patriotismo, con las circunstancias y el carácter caballeresco del Pretendiente, capaz de generosos arranques.

Confiamos en el porvenir. No se han extinguido entre nosotros los instintos que conducen a una regeneración social y política, y aún nos quedan poderosos gérmenes de grandeza, por más que para llegar a verlos en toda su prosperidad nos tenga reservado la Providencia un nuevo período de prueba. Si ese período viene, será muy breve.

Algunos periódicos completan estas noticias con detalles de mucho interés, y también transcribimos lo que dicen.

Con respecto al territorio de Gerona, se expresan así:

«En las primeras horas de la mañana de ayer hubo una fundada alarma en esta capital.

Parece que el sereno del barrio de la Rutlla fué sorprendido por un carlista que, trabuco en mano, le intimó el silencio y le amenazó de muerte para el caso de que diera parte de la existencia de gente armada en aquellas calles; pero el sereno, repuesto de la sorpresa que tal aviso le causara, después de dar palabra de hacer lo que se le mandaba, pudo evadirse y llegar a la casa capitular, en donde puso en conocimiento del jefe de la guardia de voluntarios y de la guardia civil que da nocturnamente el reten, lo que le había sucedido, asegurando que en dicho barrio había fuerzas carlistas.

Esto sucedía a las dos de la madrugada.

Inmediatamente, el señor Valmachor, que era el jefe de la guardia, dispuso lo conveniente a evitar, en caso necesario cualquier sorpresa, colocando al efecto centinelas en todas las esquinas de las calles que afluyen a las plazas de la Constitución y de las Colles, tomando la guardia civil las bocacalles cercanas al puente de Piedra y adyacentes, mientras participaba al señor gobernador

militar interino lo que ocurría, cuya autoridad, dando pruebas de una actividad y celo dignos de aplauso, mandó salir una compañía de infantería con dos objetos; con el de reforzar el reten de la estación del ferro-carril el uno, y con el de explorar el barrio de la Rutlla el otro. Apercibidos sin duda los atrevidos carlistas del peligro que corrían, tomaron las de Villadiego, de manera que cuando las fuerzas fueron en su encuentro no pudieron dar con ellos.

Hemos oído varias versiones sobre el particular de que nos ocupamos, dos de las cuales vamos a consignar por lo que de verdad tengan, dispuestos siempre a rectificar y dejar la verdad en su lugar, que es nuestra única ambición. Es una la que dejamos consignada; esto es, que los carlistas se apercibieron de las medidas que en su contra se estaban tomando, y antes de sufrir un escarmiento huyeron; es la otra, y nos parece la más acertada a juzgar por nuestros informes particulares, que los carlistas que entraron en el barrio de la Rutlla fueron diez; que su objeto no fué otro que llevarse algunos jóvenes comprometidos a seguirles, como según voces se los llevaron, y que mientras esto sucedía, dos de los facciosos tuvieron y conservaron en su poder al sereno hasta el momento de la salida, en cuya hora fué este funcionario a dar parte a la casa capitular.

Los de Reus dicen lo siguiente:

«Según parece, se han emprendido ya seriamente en esta provincia las operaciones contra los carlistas.

La partida mandada por el Cadiraire, después de haber estado anteayer en Molins de Rey, Palleja y San Andrés de la Barca, fué a dormir a La Palma, donde ayer mañana le fué entregada cierta cantidad que exigió para rescate del teniente de alcalde de Moncada. A poco más del mediodía, destruyó el ferro-carril y telegrafo, a tres kilómetros de Martorell, dirigiéndose hacia Piera.

En la mañana de ayer, a poco de haber salido Tristany de Piera, llegó a dicha villa el general Baldrich con mil seiscientos infantes, una sección de caballería y otra de artillería, yendo al alcance de los carlistas.

Castells se hallaba también por la parte de Piera con quinientos hombres.

Por la tarde, Tristany se hallaba en el Bruch, donde detuvo los coches de Igualada, registro los encargos que llevaban los coches, examinó a todos los viajeros, y después preguntó a los mayores qué fuerza había en Igualada.

Dicennos que de Igualada salió una columna hacia el Bruch; y Casalis, con su columna, bajó desde Manresa a San Vicente de Castellet y Olesa; de modo que es más que probable que alguna de esas columnas a estas horas habrá topado la facción, y haya habido un serio encuentro.

La línea de Tarragona quedó ayer mismo recompuesta, de modo que ya pudo pasar el tren-correo que sale de esta a las cuatro y media de la tarde. —(*La Crónica de Cataluña*, de Barcelona.)

«Aconsejamos a nuestros convecinos, que en caso de alarma por la noche coloquen inmediatamente luces por ventanas y balcones, pues se asegura que la primera cosa que harán los carlistas, si vienen de nuevo a esta población, será destruir el regularizador y calderas de la fábrica del gas, a fin de dejar a oscuras a la población, lo que con dicha precaución no podrán conseguir.»

Todo esto prueba, como antes hemos dicho, que nada tiene de risueña la situación de Cataluña, y que es posible que allí dé todavía mucho que hacer la insurrección.

Témese además que en las Provincias Vascongadas y Navarra levanten nuevamente la cabeza los mismos que se han acogido a los anteriores indultos, pues hay quien cree que la sumisión no ha sido sino para dejar que

pase el verano y terminar las faenas agrícolas.

Tales, en resumen, la verdadera situación, y ya no nos resta más que consignar las últimas noticias.

Siguen acogiendo á indulto los carlistas en las Provincias Vascongadas.

La columna Melgarejo, mandada por el brigadier Hidalgo, dió alcance en la Sillera (Cataluña) á la facción Pifercos, causándole cuatro muertos y haciéndole ocho prisioneros.

No hay más noticias oficiales si hemos de atenernos á la *Gaceta*; pero tomamos las siguientes de nuestros corresponsales, de los de otros periódicos, y de las publicaciones más acreditadas.

Dícese que los veinte carlistas mandados por Capredo pasaron por Baldoma, y que la partida que se había levantado en la provincia de Zamora se ha disuelto, dirigiéndose parte de los individuos que la formaban á la provincia de León, y penetrando los otros en Portugal.

De las Provincias Vascongadas se asegura que Aspe se acogió á indulto, y que su partida lo ha hecho también en Arrancudiaga.

Corren rumores de que Velasco se ha presentado también.

El cabecilla Chuchurra con su gente andaba por la parte de Santa Lucía, y estaba en comunicación con la partida de Baracaldo.

De Güeñes han salido algunas armas para Ortuella, con objeto de armar á los trabajadores de las minas.

Se hace lo posible para reclutar gente en Bilbao y en otros puntos; pero no parece que hayan conseguido todo lo que deseaban.

Los carlistas han detenido algunos carruajes que venían de Santander, y han robado á más de un aldeano que volvía de la feria.

El coche de Zumárraga fué también detenido. A los viajeros les hicieron beber aguardiente en una posada, y luego les permitieron continuar el viaje. Si siempre sucediese así, las facciones no serían temibles sino para los que no están acostumbrados á las bebidas alcohólicas.

La partida mandada por Tristany exigió diez mil duros á la empresa del ferro-carril de Zaragoza; y como esta cantidad no se hizo efectiva, fué incendiado, en las inmediaciones de Rajadell, un tren de mercancías. El valor de éstas se calcula en más de dos millones de reales.

Antes lo hemos dicho; en Cataluña se cometen por los facciosos toda clase de abusos, y si continúan así nos parece que perderán el prestigio hasta para sus mismos partidarios, pues una cosa es ser defensores del absolutismo y otra salvajes.

Hé aquí las noticias que de Reus da un periódico catalán.

«Ayer al mediodía, en la casa popular, fueron entregados los cien fusiles rayados que el gobierno ha concedido al ayuntamiento de Reus para defensa de la población, en caso de un nuevo ataque de los carlistas. Los fusiles se repartieron en cantidad igual entre los cuatro distritos en que á este solo efecto se ha dividido la ciudad, poniéndose al frente de cada uno de ellos un señor teniente al calde. Esta fuerza formará el núcleo de la más numerosa que se está organizando, compuesta de todos los ciudadanos que tienen arma propia, y que en caso necesario están dispuestos á ponerse al lado de la autoridad. Para que estas fuerzas no pierdan su carácter puramente civil, se ha dispuesto que no haya entre los alistados jerarquía alguna, excepción hecha de un cabo cada diez hombres. La población entera ha acogido con entusiasmo este pensamiento, encaminado á crear la verdadera milicia popular, obligatoria para todos los ciudadanos, sea cual fuere su posición social y opinión política.

En Montblanch se unió á la partida carlista que capitaneaba el titulado general Sans el jefe carlista Pino, sujeto conocido en esta

ciudad, y que fué herido en la acción del Mas del Campaná.

Ayer á las diez y media de la mañana, un piquete, compuesto de unos veinticinco caballos, diez ó doce soldados de infantería y tres migueletes, salieron por el camino de Castellvell en dirección á un manso, en donde se suponía que los carlistas albergaban á algunos ó tenían armas escondidas. Dicho piquete regresó á la una de la tarde. Ignoramos el resultado de la pesquisa.

Ayer vimos en esta ciudad cinco ó seis individuos, procedentes de las partidas carlistas que vagan por esta provincia, y que se han presentado á las autoridades militares, acogiendo á indulto.

Ayer el general Baldrich pernoctó en Valls, y hoy parece que se dirigirá á Montblanch. En Valls se hayan concentradas todas las columnas de tropa que están de operaciones en esta provincia; pero al presente se han dividido, siguiendo las instrucciones de Baldrich, quien parece quiere fatigar á los carlistas obligándoles á forzadas marchas.

El carlista que decimos en otro lugar murió ayer en un manso cerca de Ruidoms, fué conducido por diez de los suyos á Maspujols, en donde ha sido enterrado. Tenía alguna graduación en la partida de Francesch, se llamaba Francisco Mas y Barenys, y era primo hermano del cabecilla de este segundo apellido. A esta circunstancia se debe que se dijera que el cabecilla Barenys fué herido.

Sentimos no poder comunicar más noticias, pero no las hay, y la culpa no es nuestra.

La insurrección tiene ya poquísima importancia, pero sostiene la agitación, que resiente los intereses de todas clases y lleva la alarma al seno de las familias.

CAUSAS CELEBRES.

JOSÉ Y FELIPE PARDO MARTÍN,

POR

DON CARLOS PALOMERA Y FERRER.

(Continuación.)

XXIV

José y Felipe Pardo hubieran dado cualquiera cosa por haber podido coger á Juan Urquizar, pero los momentos eran preciosos; y como no era Urquizar la persona de quien deseaban vengarse más principalmente, prosiguieron su marcha en dirección á la casa-almacén de Domínguez, pasando indiferentes á muy corta distancia de la morada de aquel, que crujía en aquellos momentos devorada por el incendio.

El pequeño edificio que servía á Domínguez para guardar los maderos de los toldos para cubrir los paseros, se hallaba situado á unos mil pasos de su morada, y en la noche á que nos referimos habitado por Cándida Martín López y sus hijos Antonio y José Galvez, éste de diez y seis años de edad.

Desde esta casa podía verse el incendio de la morada del Domínguez, pero no oírse los lamentos de las víctimas de los Pardos á no ser desde fuera. La familia que la habitaba, y á la que Domínguez daba albergue por caridad, se hallaba durmiendo á aquella hora, y nada, por lo tanto, había visto ni oído.

José y Felipe Pardo acercáronse, pues, á dicha casa, y encontrando cerrada la puerta llamaron fuertemente. Un momento después, la voz de una mujer les contestó desde adentro preguntándoles quien era y qué se le ofrecía; á lo cual uno de los dos hermanos contestó imperiosamente que abrieran la puerta.

El acento duro y brusco de semejante invitación no era el más á propósito para decidir á Cándida Martín á franquear la entrada de la casa, por lo que contestó á Pardo diciéndole que no abriría la puerta sin saber quien era y lo que quería.

Un estremecimiento de cólera agitó á José, que encontraba en aquella casa una resistencia que no había hallado en toda la noche, y contestó con imperio:

—Abra usted á la justicia, señora.... Somos la curia de Velez-Málaga.

El nombre de la justicia, especialmente entre las gentes sencillas del campo, tiene una influencia poderosísima; y Cándida Martín, más muerta que viva, aunque nada tenía que temer de la curia, se apresuró á echarse un vestido y un pañuelo sobre los hombros para disponerse á abrir la puerta.

Al mismo tiempo despertó á sus dos hijos, á los que mandó que también se vistieran. Pocos minutos después, la pobre mujer abrió la puerta, presentándose á los dos hermanos con un candil en la mano, toda conmovida y asustada.

El aspecto de José y Felipe no era nada tranquilizador, y con dificultad podían haberse aparecido á aquella mujer dos personalidades más á propósito para aumentar sus temores. Además, ella había abierto la puerta creyendo que era la justicia de Velez-Málaga, y al encontrarse con dos desconocidos, armados y manchados de sangre, el miedo se apoderó de ella y comenzó á temblar.

Sus dos hijos, que habían bajado también, contemplaban con más espanto que asombro á José y Felipe Pardo Martín.

—Vamos á ver,—exclamó el primero con acento de mando,—¿pertenece esta casa á Francisco Domínguez?

—Sí señor,—contestó Cándida Martín con voz apagada por la emoción.

—¿Es aquí donde guarda los toldos para los paseros?

—Sí, señor.

—¿No ha venido Domínguez esta noche?

—No, señor.

—¿Está usted seguro de lo que dice?

—Sí, señor.

—Mire usted que le va en ello la vida. Vamos á registrar la casa, y si nos encontramos en ella á ese bribón, después de matarle, vamos á matar también á usted.

Estas fatídicas palabras concluyeron con el escaso valor de Cándida Martín.

—¡Por Dios, señores!—dijo,—¿qué interés tendría yo en engañarles? Pueden registrarla y verán como no les engaño.

Y al mismo tiempo, como viese á través de la puerta abierta el incendio que destruía la casa del Domínguez, no pudo contenerse, y retrocedió dando un grito.

Sus hijos, estáticos de asombro, retrocedieron también.

—¿Por qué grita usted así, buena mujer?—exclamó Felipe.

—¿Por ventura ha visto algún demonio?

—¡Oh! Dios mío! está ardiendo la casa de Domínguez.

—Hasta los cimientos.

—¿Y su familia?

—Con Dios.

—¡Santo cielo! Pero esa desgracia....

—¡Eh! no estamos ahora para dar explicaciones. Cierra esa puerta, muchacho, y quédate con él, Felipe, mientras yo registro la casa.

Felipe se quedó con el hijo mayor de Cándida Martín, y José comenzó á mirar todos los rincones, convencido de bien pronto de que Domínguez no estaba allí.

Persuadido de ello, volvió al lado de su hermano.

—No hay nadie,—exclamó;—ese hombre se nos ha escapado, y pierdo ya las esperanzas de encontrarle.... ¡Ira de Dios! ¿Dónde se habrá metido?

—Déjale en paz,—repuso Felipe,—la cosa marcha bien, y aunque no hemos podido encontrarle, acaso acaso de este modo la venganza es más completa. Si le hubiéramos muerto, habría dejado de padecer.

Y dirigiéndose á Cándida Martín, prosiguió.

—¿De quién son esos trastos viejos que se ven por aquí?
—Bios, señor.
—¿Todos tuyos?
—Todos, menos los maderos de los toldos.
—Pues empieza a sacarlos.
—Pero señor....
—A menos que no quieras que te se quemem.

—¿Qué dice usted!
—Lo dicho.
—¿Quemarse!
—Vamos a prender fuego a la casa; conque figúrate lo que sucederá a tus muebles si los dejas aquí.

—¿Pato qué se proponen ustedes con esto?
—Vengarnos
—¿De Dominguez?
—Sí.
—¡Oh! ¿Y por qué?

Estas preguntas eran ya demasiadas para no impacientar a los dos hermanos, que bastante irritados para andarse con contemplaciones, dijeron a Cándida Martin, amenazándola con los retacos:

—Hemos venido a contestar a tus sandeces? Despacha pronto si quieres, porque tenemos prisa, y no te opongas ni grites, porque irás a hacer compañía a Satanás.

Estas palabras, y más que todo el acento con que habían sido dichas, aterraron de tal modo a aquella mujer, que colgando el candil de un clavo, comenzó a santiguarse y a invocar en su ayuda a todos los Santos del cielo, mientras que ayudada de sus hijos comenzó a sacar todos los muebles y objetos que la pertenecían.

En el interin, los dos hermanos, recostados en el dintel de la puerta y con una aparente serenidad, que era aun más horrible que la cólera y el trastorno que habían mostrado en la casa de Dominguez, miraban trabajar a los dos jóvenes y a Cándida Martin, hasta que todos los trastos que la pertenecían fueron transportados a unas diez varas de la casa y a un llano que forma el terreno.

Hecho así, los Pardos amenazaron a la pobre familia con matarla si se movían de allí, y arrojando el candil a un poco de paja, prendieron fuego al almacén.

Bien pronto las llamas se apoderaron del edificio, que empezó a arder como si su construcción hubiera sido de paja, y bien pronto el elemento destructor, haciendo saltar su techumbre, convirtió al almacén en un verdadero horno encendido.

José y Felipe Pardo permanecieron allí inmóviles hasta que vieron destruida la casa. Entonces aproximáronse a la atribulada familia, que presenciaba aquel atentado confundida de terror, y el José dijo a Cándida Martin:

—Ya ha visto usted lo que hemos hecho aquí y allí (indicando la morada de Francisco Dominguez). Esto probará a usted que somos hombres capaces de cualquiera cosa, por lo que no la decimos más: usted no nos conoce, y por lo tanto, mañana cuando la pregunten quién ha hecho todo esto, no lo podrá decir, y aunque presumo que allá arriba no se hallan en la misma duda, quiero también que usted lo sepa para que pueda proclamarlo por todas partes. Somos José y Felipe Pardo Martin, y todo esto lo hemos hecho por vengarnos de nuestro primo Francisco Dominguez, y lo mismo haremos, y no se tardará mucho, con todas las personas que nos han declarado una guerra a muerte. ¿Conque está usted enterada?

—Sí, señor.
—¿No se la olvidará decir que han sido los Pardos los que han incendiado las dos casas?
—No, señor.
—Pues entonces, buenas noches, y hasta la vista.

Y José y Felipe Pardo, después de lanzar una última mirada al incendio, echaron a andar, desapareciendo bien pronto en la os-

curidad del campo y en las desigualdades del terreno.

Cándida Martin y sus hijos se quedaron mudos e inmóviles de admiración y de miedo. La revelación de aquellos horrores acabó de trastornarla.... por espacio de una hora, ni la madre ni los hijos se atrevieron a moverse.

XXV

Dejemos por un momento a los hermanos Pardo, que ya volveremos a encontrarlos, y no alteremos el orden natural de la narración refiriendo si lograron o no evadirse de la acción de la justicia, pues antes de esto se hace preciso saber lo que ha sido de la pobre familia de Alcaucin, que Dominguez tenía por caridad recogida en su casa.

Si no es infiel nuestra memoria, nada hemos vuelto a decir de ellos desde que los dejamos desesperados junto al cadáver de Francisco Ramirez Luque.

El padre de éste, llamado también Francisco, oculto en la corraleta, no había sabido la desgracia de su hijo hasta que después de salir los Pardos de la casa dejó su escondite para reunirse con su familia.

No tenemos necesidad de emplear muchas líneas para demostrar el dolor que laceraría el corazón del pobre viejo cuando vio que su hijo había sido una de las víctimas, y no comprendemos cómo pudo ver su infortunio sin perder en el momento la vida.

Hay un dicho vulgar que dice: «Los disgustos no matan»; y ciertamente que por vulgarísima que sea esta especie de sentencia, no puede negarse que es verdadera. Dios, en su infinita misericordia, envía con las tribulaciones la fortaleza necesaria para soportarlas, y si no fuera así, la vida sería imposible.

Ver morir a una persona querida, es siempre un espectáculo conmovedor y siempre produce en el alma una impresión dolorosísima; pero ver morir a esa misma persona a manos de otro hombre, de una manera violenta, verla morir rebosando salud y casi instantáneamente, es o debe ser un espectáculo tan terrible, que parece mentira pueda soportarlo el alma.

Ahora bien; Francisco Jiménez, padre, salió de la corraleta y corrió al lado de su familia, encontrándose a su nuera y a su mujer abrazadas, desesperadas y locas al cadáver de Francisco.

Un rayo que hubiera caído a los pies del pobre viejo no le hubiera dejado tan petrificado como el aspecto del cuadro que se le presentaba. Sus facciones se contrajeron, y en sus ojos brillaron dos lágrimas que rodaron silenciosas por sus mejillas, en tanto que su garganta, oprimida por la emoción, no le permitía exhalar ningún sonido. Era indudable que aquel hombre sufría mucho a pesar de su silencio, y no era ciertamente su dolor menos profundo que el de su esposa, a pesar de no desahogarse como el de ésta en lágrimas o quejidos.

Pero su esposa era la madre del infeliz que había desaparecido para siempre.... Era la madre, y.... a todas las madres apelamos para hacer comprender su dolor; no necesitamos decir más.

Al ver Antonia Luque que su marido se hallaba a su lado, se incorporó rompiendo a llorar más fuerte, y se arrojó en sus brazos exclamando:

—¡Mi hijo! ¡mi hijo!

Francisco Ramirez la hizo levantar la cabeza.

—Vamos, Antonia,—la dijo,—es una horrible desgracia, pero sería más horrible aun si nuestro hijo no pudiese reposar en tierra sagrada por ser pasto del incendio. El fuego ha inundado por todas partes.... Las llamas nos rodean.... Saquemos fuera a nuestro hijo y oremos por él.... Es lo único que podemos hacer, Antonia.

(Se continuará.)

VARIEDADES.

Presumimos que sabrán nuestros lectores que la línea del camino de hierro de Nueva-York a San Francisco pasa por el territorio donde habitan varias tribus indígenas, las que toman de continuo las locomotoras por monstruos fantásticos, creados por su dios Manitú, para exterminar a las pieles rojas.

Pues bien, por diferentes veces estos indios habrán intentado hacer descarrilar los trenes, condeidos e instigados siempre por uno de sus jefes más feroces llamado Maha, y con el sobrenombre de *Pajaro Burlador*.

Hasta el día 2 del pasado, todas sus tentativas no habían tenido ningún buen éxito, lo cual, visto por Maha, resolvió cambiar de medio para llevar a buen fin su desdichada determinación. Este día se emboscó cerca de la vía, y con esa agilidad propia sólo de un indio, se lanzó sobre el estribo del tren número 67, que se dirigía desde San Francisco a Nueva-York. Una vez en el estribo, se deslizó a lo largo del tren hasta llegar a la locomotora, matando de un golpe de *tamuhukh* al maquinista y de un golpe de puñal al fogonero, poniéndose de pie en el tender, blandiendo como en señal de triunfo las cabelleras de los dos pobres infelices que acababa de dejar sin vida; al mismo tiempo entonaba un canto de guerra indio.

Los guarda agujas, como los guarda-vías, miraban pasar aquel tren sobrecogidos de espanto, tanto por su incalculable velocidad como por el singular maquinista. Los pasajeros daban gritos de desesperación; en fin, la situación se hacía cada vez más espantosa, porque cada cual veía una muerte cierta.

En tan triste situación, un oficial de marina, M. Enrique Pierce, determinó sacrificarse para salvar a los demás. Armado de un cuchillo, Pierce corrió a lo largo del tren hasta llegar a la máquina. El jefe indio lanzó un grito de guerra al verle, al mismo tiempo que blandía su *tamuhukh*; desde este momento un combate terrible se trabó cuerpo a cuerpo sobre los cadáveres del maquinista y del fogonero.

Los viajeros, asomados todos a las ventanillas, procuraban ver con una curiosidad fácil de comprender lo que pasaba en la máquina. Al cabo de una corta lucha, caía mortalmente herido el arrojado oficial de marina a los pies del jefe indio, que, en un abrir y cerrar de ojos le cortó la cabellera. Mientras éste agitaba la cabellera dando grandes gritos de triunfo, el desgraciado oficial, que aún vivía, tuvo aún fuerzas para levantarse y hundirle su puñal en el pecho.

El indio cayó muerto sobre la vía.

Entonces el joven oficial se arrastró como pudo hasta la manivela, y abrió la válvula del vapor, cayendo instantáneamente muerto.

El tren poco después estaba parado: todos se precipitaron en socorro del valiente oficial, pero era tarde.

El Ángel de la Guarda.

Cuando se ha puesto el sol; cuando la noche
Del fondo de los valles se levanta;
Cuando ya del crepúsculo no queda

Ni una ligera ráfaga;
Cuando arrojan fantásticos rumores
Los senos de las lúgubres montañas;
Cuando se quejan los lejanos rios,
Y llora la campana,

Un ángel con dulcísima sonrisa
Acude a nuestra pálida morada,
Y el lecho de la virgen y del niño
Defiende con sus alas:
Es el ángel del sueño y los amores,
El trella del hogar, luz de la casa,
El ángel que las lágrimas enjuga,
El Ángel de la Guarda!!!

ANTONIO F. GRILE.

SECCION FESTIVA.

Serian las once de la noche. Dos andaluces, amigos inseparables, los cuales eran entre parentesis bastante aficionados á rendir culto al dios Baco, penetraron en una taberna de Sevilla, y empezando á saciar su sed con el líquido regenerador, concluyeron por emborracharse. En tal disposicion, dejaron la taberna, que estaba situada á corta distancia de la catedral, y no bien habian recorrido á fuerza de traspies un corto trecho, cuando Curro, que así se llamaba uno de ellos, se para y exclama:

—¡Compare!

—¿Que quistó?—respondió el compañero.

—Sabuste lo que igo, que podíamos dá un camelo á toita Sevilla.

—Y se pue saber cómo, compairito? porque yo estoy endispuesto siempre á dá una guasa.

—Miste,—dijo Curro despues de cavilar un buen rato,—osté se pone á un lao de la catedral y yo al otro; cuando estemos en facha yo dire ¡isa! y comeusamo á empujar, pa que cuando mañana se aspierten los vesinos se encuentren la catedral al otro lao.

—Buena idea, seño Curro; ya estamos pitando.

Quitáronse las chaquetas y los calañeses nuestros dos héroes, las dejaron en el suelo á la luz de un farol, y escupiéndose la palma de la mano comenzaron su improba faena de empujar la catedral.

Entretenidos gravemente en la maniobra, no pudieron observar que un diestro caco, viendo aquella ropa sin guarda, creyó muy del caso apropiársela y tomar las de Villadiego más que á paso.

En esto, Curro, que estaba algo ménos beodo, se acordó de volver la cabeza para tener cuenta de las chaquetas y sombreros, y como por más que abría los ojos no descubría el bulto, absorto de admiracion y orgulloso de su obra, dice al compañero:

—Chavó, ¿sabosté lo que igo?

—¿Que?—replicó el otro.

—Que onde habremos enenjao con la catedral cuando hemos perdidio de vista la ropa.

He aquí cómo no refiere una correspondencia de Constantinopla la gran batida llevada á cabo con feliz éxito por algunos altos dignatarios otomanos contra una manada de osos hambrientos que se habia presentado en el distrito de Ineboli, donde habia hecho algunas victimas y causado grandes destrozos, por lo cual tenia aterrados á sus habitantes:

«El principe egipcio Halim Bajá, tío del virrey de Egipto; Osman Bey y Rechad Bajá, acompañados de gran número de ojeadores y de una jauria de temibles perros, dirigieron sin tardanza á Ismid con ánimo de reproducir las hazañas de los tiempos heroicos. La batida duró varios dias, durante los cuales fueron muertos diez y ocho osos y cogidos vivos seis.

El principe Halim mató por su parte á tres grandes osos con una nueva escopeta de bala explosiva. Rechad Bajá dió muerte á dos osos, y los criados del principe acabaron con los demás. Los habitantes de Ineboli han dirigido á los intrépidos cazadores una exposicion redactada por su *caimacan*, en que les da las gracias por haberlos librado de sus feroces enemigos.

Se dice que el sultan se ha dignado admitir los despojos de uno de los osos, y que ha felicitado á los que han llevado á cima tan heroicos hechos, sin mas daño que el haber sido heridos diez hombres y destrozados algunos perros.»

Se ha sacado recientemente la cuenta del número de personas que los animales feroces han devorado en las Indias durante los años 1868, 1869 y 1870. Esta cifra se eleva á treinta y ocho mil doscientas diez y ocho

personas! Entre ellas, veinticinco mil seiscientos sesenta y cuatro han sucumbido á la mordedura de serpientes venenosas, y las restantes doce mil quinientas cincuenta y cuatro han servido de alimento en su mayoria á los tigres. Estos terribles animales han llegado á despoblar lugares enteros despues de haberse acostumbrado á arrebatarse victimas, aun en pleno dia, en las calles más concurridas. Puntos donde habia pueblos ricos y bastante crecidos se ven hoy reducidos á ruinas. Allí tendrán que reunirse los hombres para combatir á las fieras; aquí, en cambio, nos asociamos para destruirnos los unos á los otros. ¡Pobre humanidad!

—**Mamá,—decia una niña que tenia** siempre el rostro encendido.—¿qué debo hacer para que no se me suba la sangre á la cabeza?

—Hija mia,—le dijo la madre.—colócate cabeza abajo y subirá la sangre hácia los piés.

El intendente de la lista civil de la reina Victoria cobra veinticinco mil cien francos anuales. ¿Por qué esta coletilla de cien francos?

He aquí lo que dice la crónica:

Parece que de tiempo inmemorial, el intendente de la lista civil tenia derecho á el ala izquierda del pollo ó polla servidos á la mesa de su majestad.

Estos cien francos son el precio de rescate de tan singular prerogativa.

—**Fulanito,—decian á uno,—¿en qué** se ocupa su amigo de usted Mengano?

—Vive de sus rentas.

—¿Y usted?

—Yo tambien.

—¿Pues teníamos entendido que usted nada poseia!

—Y es muy cierto; por eso digo que vivo de sus rentas.

Receta para no sentir el calor en el mes de Julio.

Tomarás diez duros.

Comprará con ellos un billete de la loteria.

Si te toca el premio gordo te vas á Rusia. Y si no te toca, ya estás fresco.

Como os podeis figurar, de nada sirvió al boticario de un pueblo tener la casa llena de medicinas para impedir que una enfermedad aguda le ponga á las puertas de la muerte.

La boticaria, que era vivaracha y lista como ella sola, se puso al frente de la botica, y la primer medicina que hubo de preparar fue para su marido.

—Tome usted,—le dijo el médico,—un cuarto de onza de polvos de cantarida; haga usted un parche que ocupe todo el pecho; eche usted en él la mitad de los polvos, bien desleidos, y mande usted que se lo pongan á su marido.

La boticaria preguntó:

—Dígame usted, señor médico, ¿cuánto es un cuarto de onza?

—¡Vaya, cuidado con equivocarse! ¿Sabe usted lo que es un doblon de cuatro duros?

—¿De cuatro duros! ¡No lo he de saber!

La boticaria no tenia oro, pero tenia cuartos; reflexionó, y dijo:

—Lo mismo da.

Contó cuatro duros en cuartos, los pesó de cantaridas, y... haceos cargo de lo que podría resultar.

La infeliz al dia siguiente era viuda.

Segun datos que publica un diario, las bibliotecas de Rusia contienen 880.000 volúmenes; las de Prusia, 907.000; las de Inglaterra, 1.533.000; las de Italia, 2.159.000; las de Francia, 6.247.000; las de Austria, 2.200.009; las de Alemania, 6.751.000.

La biblioteca de la Universidad de Gotinga

y la del Museo británico contienen 800.000 volúmenes cada una; la de París, 450.000 y la de Munich, 40.000.

Las de España, en 1868, contenian 1.166.595 volúmenes, siendo de advertir que ademas existen en los institutos provinciales de Albacete, Alicante, Avila, Almería, Badajoz, Burgos, Ciudad Real, Cuenca, Coruña, Guadalupe, Huelva, Jaén, Logroño, Lugo, Málaga, Palencia, Pontevedra, Santander, Segovia, Soria, Teruel y Zamora. Sin contar las bibliotecas privadas.

Cierto dia caminaban en el expreso, con direccion á Bayona, una señora, de edad de unos cuarenta años, y un inglés, de unos cincuenta, el cual empezó á fumar un soberbio puro al entrar en el coche, y durante su viaje no hacia otra operacion que tirar uno y encender otro. La señora llevaba encima del vestido un perrito de lanas, que de vez en cuando solia ladrar, asustando al pensativo inglés.

La viajera, atufada del humo del cigarro, se dirigió á él, y le dijo:

—Milord, hágame usted el obsequio de tirar el cigarro, porque me hace mal.

El inglés siguió fumando sin contestar.

Volvió á repetir la señora la misma frase, y al ver que no surtia efecto, se levantó, cogió el cigarro y lo tiró por la ventanilla, diciendo:

—Caballero, aquí no se permite fumar.

Al poco rato baja la perrita al suelo, y empezando á ladrar comienza á hurgar en las piernas del inglés; se baja éste, la coge y la tira por la ventanilla.

La señora, medio acongojada, le dice:

—Milord, ¿que habeis hecho?

Y el inglés, con voz severa, contestó:

—Siñoga, aquí no permitirse llevar perros.

He aquí una consoladora carta que publica un periódico americano, y que debe tranquilizar por completo á Mr. Edward Hunt, que es á quien va dirigida:

«El día 13 de Diciembre, cerca de las Lucayas, despues de un hambre de cuatro dias y yendo en un bote sin timon, nos vimos precisados á comernos á su señor tío, que era un sujeto excelente.

Por unanimidad, y para consuelo de sus parientes, determinamos guardar los huesos á su familia; y para cumplir ese piadoso encargo dirijo á usted estas líneas insertándolas en los periódicos de América y Europa.—L. Fronson.

P. D. Sólo falta una tibia por habérsela tragado el contramaestre ántes de tomar el acuerdo.»

El médico de un regimiento visitaba á los enfermos del Hospital Militar. Entre otros, se le presentó un granadero, alto y fornido como una encina.

—¿Que padece usted?—le dijo.

—Señor, que no puedo dormir.

—Entonces, tome usted una purga y quedará corriente.

Al otro dia volvió á presentarse el granadero.

—¿Ha hecho efecto la purga?

—Sí, señor; pero no puedo dormir.

—¿No? Entonces cargue usted la dosis.

El soldado tomó una purga capaz de reventar á un caballo.

Al dia siguiente sucedió lo mismo.

—No puedo dormir,—dijo al medico.

Este le mandó sangrar; pero la sangría no produjo efecto.

Entonces el médico, asombrado, le preguntó:

—Diga usted, hombre, ¿cómo usted bien?

—Sí, señor.

—¿Digiere usted bien?

—Sí, señor.

—¿Pues qué diablos tiene usted entonces para no poder dormir?

—Señor, la cama plagada de chinches.



Entierro de Fray Cirilo de Alameda y Brea, Cardenal Arzobispo de Toledo.

Uno de esos buhoneros que andan por las calles con su mostrador de ruedas, vendía gafas entre otras mil fruslerías. Iba paseando un pollo, y el vendedor le anunció su género, entablándose entre ambos el siguiente diálogo:

—Cómprame usted estas gafas.

—¿Y qué se ve con ellas?—contestó el suadísimo pollo con un tono burlón.

—Todo lo que usted quiera ver,—le contestó el buhonero.

El pollo cogió en seguida las gafas, se las puso, y clavándolas sobre el buhonero, exclamó:

—¡Toma, no se ven más que bribones!

Pero apenas se las devolvió al burlado vendedor, este, colocándoselas sobre la nariz y mirando á su vez al gracioso, dijo con la mayor candidez:

—¡Calla! ¡Y cuánta razón tiene usted!

En la noche del 20 del mes último, según dice un periódico de Santiago (Chile), se efectuó en el club de la Reforma el desafío á bolas de billar entre el francés M. Rodolfe y el chileno D. R. Bascuñán.

La apuesta era de mil pesos.

El número de carambolas, mil.

Los curiosos invadieron el salón en número de ciento y tantos, previo pago de un peso por cabeza. Comenzó el juego á las siete, en medio de la ansiedad de los aficionados y la admiración de los simples mirones, que á cada paso prorumpían en exclamaciones arrancadas por la destreza de los contendores, que parecía imantaban las bolas con sus tacos, tal era la precisión y la habilidad con que las hacían describir piques, curvas y retrocesos para chocarse entre sí.

La cosa no era broma; el puntillo nacional

estaba de por medio; chilenos y franceses no abandonaron el campo hasta el fin de la contienda, que terminó después de la una de la mañana.

El chileno hizo las mil carambolas, contando con el partido que le daba su contrario, cuando éste tenía novecientas sesenta y cinco carambolas.

El vencedor fué aclamado como se hacía con los héroes romanos. El entusiasmo de nuestros compañeros llegó al extremo de hacerlo subir sobre la mesa del juego para que desde allí gozase á sus anchas con el estruendo de las palmadas y felicitaciones de toda clase.

El francés, durante la partida, agarraba el taco y no lo soltaba hasta apuntarse por lo menos treinta ó cuarenta carambolas; el chileno de doce á veinte.

CHARADA.

Una vocal es mi prima,
consonante es mi segunda
y lo mismo mi tercera,
sin que en esto tengas duda.
Mi cuarta también es letra
que los valencianos usan
con frecuencia, y que verás
que es dos letras y que es una.
Y mi quinta es mi primera
y con mi cuarta hacen una,
si es que el castellano puro
con facilidad pronuncias.
Mi todo es un apellido
por más que esto te confunda,
que en Vasconia lo hallarás,
pues allí tuvo su cuna.

Solucion á la charada del número anterior.

CARAMELO.

Solucion del Salto de caballo

inserto en el número 8.

Si en España, proteccion,

A las Artes se prestara;

Si el talento se premiara,

Y también la aplicacion:

El dibujo y el grabado,

La Imprenta y todas las Artes

Brillarían por todas partes,

Como jamás han brillado.

Estímulo encontrarían

Los celosos editores;

Y los sabios escritores,

Su talento ostentarían.

Como habíamos ofrecido y verán nuestros lectores, á continuacion publicamos las soluciones del anterior *Salto de caballo* que nos han sido remitidas por nuestros abonados:

Andújar, D. Bernardo Centeno y García — Barcelona, D. C. Delhonn. — Cartagena, Don José Blanco. — Madrid, D. Tomás Sanchez, D. Vicente Comes y Fernandez, D. B. Orive, D. José Maria Moreno de C., D. Luis Lefebore y Zabala, D. Salvador Llopis, D. A. Rodríguez Castellanos y D. A. G. — Vilches, D. Mariano Figueroa y Rios.

La circunstancia de haberse publicado con algunas erratas de imprenta, ha favorecido poco á los aficionados á esta clase de pasatiempo para hallar la solucion.

Editor propietario: JESÚS GRACIA.

Siendo este Semanario propiedad exclusiva de la Casa editorial de D. Jesús Gracia, se prohíbe su reproduccion y traduccion, para lo cual queda hecho el depósito que marca la ley.